

Pr. Joaquín Yebra.

**LA VERDADERA AUTORIDAD ESPIRITUAL
FRENTE AL ABUSO DE AUTORIDAD
Y LA MANIPULACIÓN DE LAS CONCIENCIAS.**



*“Toda institución religiosa que aterroriza o esclaviza a los hombres es una secta perniciosa.”
Thomas Paine. (1737-1809).*

**Madrid e invierno de 2013
COMUNIDAD CRISTIANA “EBEN-EZER” DE LA VILLA DE VALLECAS**

Contenido

Dedicatoria.....	4
Introducción:.....	10
El Abuso Espiritual.....	13
El Hedonismo, el Placebo y la Droga del Placer de Dominar.....	16
La Falsa Autoridad Espiritual y el Envenenamiento de la Imagen de Dios.....	20
El “ <i>Jerarquicismo</i> ” de los Sistemas Abusivos.....	26
El Autoritarismo frente a la Genuina Autoridad.....	31
¿Qué quiere decir la voz “ <i>obedecer</i> ” en las Sagradas Escrituras?.....	39
¿Cuáles son las características esenciales de quienes ejercen autoridad espiritual genuina, frente a los abusadores, y cómo se traducen en la práctica?.....	44
La Atmósfera de la Predicación en el ámbito del abuso de la Autoridad Espiritual.....	48
Vamos a recapitular lo dicho hasta ahora:.....	52
Primero el Reino de Dios y su Justicia.....	58
¿Cuáles son los Rasgos de la Iglesia de Jesucristo que el Espíritu Santo imprime?.....	63
Jesucristo, nuestro supremo ejemplo de autoridad espiritual.....	66
¿Cómo detectar fácilmente los síntomas de los ministerios abusivos y las tendencias hacia la manipulación de las conciencias?.....	73
Textos bíblicos acerca del abuso del poder y la altivez.....	77
Los textos sobre los que ni los “ <i>líderes</i> ” abusadores de autoridad espiritual, ni los manipuladores de conciencias, ni los evangelistas y <i>pastores-estrella</i> defensores del sistema imperante, jamás predicarán.....	84
Conclusión:.....	89

Lucas 22:24-27: “Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así entre vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es el mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.”

Mateo 23:8-12: “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

Gálatas 5:13-15: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad también que no os consumáis unos a otros.”

“Quienes esperan segar los frutos de la libertad deben estar dispuestos a sufrir la fatiga de sostener esa libertad.”

Thomas Paine

Dedicatoria.

Os he conocido en el curso de estos años de ministerio cristiano.

Sigo enfrentándome cada día a la realidad del abuso de la autoridad espiritual y la manipulación de las conciencias.

Erais y sois de la más variopinta procedencia, pero siempre con el denominador común de las ansias por salir del pozo cenagoso, por ir más allá del horizonte plomizo, sin esperanza y sin luz.

Seducidos por algún violador de conciencias, muchas veces bajo la apariencia de la falsa piedad y el glorioso nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Os he conocido y os conozco, profundamente dañados; de ahí que muchos psicólogos afirmen la estrecha semejanza entre una persona violada sexualmente y una abusada por la falsa autoridad espiritual.

Os he conocido vendiendo los productos del sistema encabezado por el “gurú” de turno, a veces incluso como si fuerais monjes mendicantes de siglos pasados, mientras el “líder” reposaba en su palacio y ordenaba que se os amonestase por haber tomado un café pagado con dinero de los fondos recogidos de las buenas gentes a quienes inspirasteis misericordia.

Si es que alguna vez llegáis a leer estas páginas, os reconoceréis. Si no es así, será porque vuestras conciencias ya habrán sido tan manidas y deterioradas que solamente veréis por los ojos del “líder” de turno. Nunca faltan.

Habéis sido explotados, y muchos seguís siéndolo, por el afán por el lucro y la dominación del *encabezador* del sistema abusivo en que habéis caído.

En su delirio maníaco, megalómano y estentóreo, el “líder”, que no es nada más que un burócrata de lo que manipula como “sagrado” todo el quehacer de su “reino”, con las vidas y haciendas de sus súbditos, se ha erigido sobre vuestras conciencias para vivir por encima de todos y, por supuesto, a vuestra costa.

He podido constatar cómo vuestra vida espiritual se iba convirtiendo en subordinación, siendo reducidos y mermados, tanto en lo material como en lo espiritual, para el engrandecimiento del “gurú”.

He contemplado cómo erais perturbados, ocupados, invadidos en vuestro interior, como en una violación –una de las más sacrílegas acciones que el hombre puede acometer contra su hermano- mientras se os lavaba el cerebro hasta convenceros de que el Reino de Dios en la tierra era una colectivización presidida por el “líder”, el “ungido”, y secundado por su cohorte de secuaces.

El sistema abusivo ha buscado débiles personas, principalmente heridas, dañadas, mermadas, dependientes de adicciones, ansiosas de auténtica libertad, además de un gran contingente de maníacos religiosos, y así ha ido formando un gran “*ejército*” de esclavos convencidos de que no es posible el acceso directo con el Padre de amor y bondad infinita, de misericordia y perdón, de increíble paciencia para con sus hijos e hijas, que ha sido revelado por su Hijo Jesucristo.

Todo cuanto no pase por el “*líder*” será siempre considerado de extraña procedencia o de naturaleza demoníaca. Sólo el “*ungido*” podrá sostenerse en el pináculo del “templo”. Debajo, a gran distancia, se encontrarán los familiares y parientes de su nepotismo institucionalizado. El resto sólo serán esclavos.

El sistema abusivo no ha permitido, ni jamás lo hará, que veáis a Jesucristo como la puerta siempre abierta para que vosotros, y yo, y todos, podamos gozar de la misma experiencia de Jesús de Nazaret con Dios como su Padre, y revelárnoslo a nosotros como “*Padre nuestro*”.

He podido constatar cómo erais, mediante toda suerte de artimañas, características de todas las sectas habidas y por haber, impedidos al acceso a la cercanía del Reino de Dios, siendo derivados a los territorios del “*reino*” del “*gurú*” de turno.

He estado suficientemente cercano al núcleo central del sistema abusivo para verificar mis sospechas. No he tenido prisa para emitir mis conclusiones, sino que me he asegurado de estas cosas que ahora pongo por escrito después de mucha reflexión y la distancia imprescindible para tener una perspectiva clara desde el sosiego y la tranquilidad.

Nunca me ha gustado precipitarme en mis juicios de apreciación, que juicios de condena no soy yo quien tiene que hacerlos y los hará.

La transformación interior por el Evangelio de Cristo, que responde al verdadero sentido de la espiritualidad auténtica, he visto cómo era sofocada, a veces mediante métodos sofisticados, y en otras ocasiones de la manera más agresiva y violenta, merecedora de ser presentada a los juzgados de guardia.

El lema del campo de concentración y exterminio de *Auschwitz*, “*Arbeit macht frei*”, “*El trabajo hace libre*”, salvando las distancias, podría perfectamente aplicarse a algunos de estos centros autodenominados “*cristianos*” de rehabilitación de toxicómanos y marginados.

Muchísimos lo saben perfectamente, pero, al igual que el estado secular, satisfecho de que se mantengan a buen recaudo muchos de los que de lo contrario significarían un aumento de la delincuencia si estuvieran por las calles, miran en otra dirección.

Nosotros no queremos seguir ese camino de pretender ignorar lo que un día saldrá a la luz y nos salpicará a todos.

Mientras que Jesús de Nazaret predicó por los caminos curando enfermos, liberando a los oprimidos, consolando a los afligidos, perdonando pecados y resucitando a los muertos, pero sobre todo y ante todo provocando y facilitando a todos un encuentro con Dios como Padre amoroso, íntimo, perdonador, que en los hijos de los hombres tiene sus delicias, a vosotros, pobres víctimas, por el contrario se os ha condicionado a trabajar para enriquecer al dueño del sistema abusivo de turno, convenciéndoos de que

el anuncio de la cercanía del Reino de Dios consistía en ampliar el territorio del reino particular del “líder”.

He tenido la oportunidad de conocer a muchos de vosotros por nombre y apellido, y de comer, caminar, orar y compartir la Palabra de Dios, mientras caíais rendidos por el sueño, tras un largo día de trabajo no remunerado.

También lo he hecho a primera hora del día, antes de que iniciarais una larga jornada de trabajo a favor del “gurú”. Todo ello hasta que dejé de hacerlo, comprendí que a lo que se me invitaba no era a enseñar la Santa Palabra de Dios, sino a colaborar hacia vuestro adocenamiento.

He tratado de mostraros un camino de espiritualidad que pasa por el compartir, al estilo de la comunidad cristiana de la que formo parte, jamás por el aprovechamiento del otro, pero pocos de vosotros habéis tenido el valor de salir del sistema abusivo.

Es más que comprensible, por cuanto el valor personal es una de las primeras realidades humanas que son violadas y desarticuladas por el “líder” del sistema y su red de acólitos.

Dedico, pues, estas páginas a muchos, entre los cuales pienso en aquella misionera que fue acusada de prácticas homosexuales, jamás probadas, después de haber puesto en duda la validez del sistema, y hoy está desaparecida en combate...

A aquel misionero que fue dejado abandonado en un país de África porque no producía beneficios al sistema, a quien gracias a Dios unos amados hermanos menonitas rescataron y recuperaron para el ministerio cristiano...

A aquel otro al que la organización le negó el dinero que precisaba para una intervención quirúrgica menor, que finalmente pudo hacerse gracias a la solidaridad de otros misioneros cristianos de otras denominaciones en un querido país africano...

A aquel “líder” que descubrió el “pastel”, y encontré caminando cabizbajo por la calle pocos días antes de que muriera en un accidente de coche poco clarificado...

A aquella pareja de “obreros” que vinieron a mi casa para pedirme consejo para sus vidas, arruinadas día a día, trasladados de lugar en lugar, a conveniencia del “líder”, con todo lo que implicaba desmontar su hogar constantemente y sacar a sus hijos de su entorno escolar, mientras el “líder” permanecía atrincherado en su *bunker* con su clan familiar...

Nunca olvidaré a aquella esposa que entró llorando amargamente y tres horas después salía sin haber dejado de llorar, profundamente atribulada por el sistema de explotación inmisericorde en que se hallaba sometida con su esposo e hijos...

A tantos otros, como aquel matrimonio que fueron trasladados de ubicación repetidamente, de manera sistemática, sin reparar en el daño que semejantes cambios de residencia suponían para la familia y los hijos...

A aquel hermano con corazón pastoral que fue apartado para que no hiciera “sombra” al “líder”, y a quien se le prohibía estudiar para prepararse para el ministerio; hoy, gracias a Dios, se encuentra felizmente casado y sirviendo al Señor en una congregación cristiana...

A aquel hermano que colaboraba con nosotros de forma altruista en la realización de programas radiofónicos, y que ya descansa con el Señor, a quien se le negó el importe de un billete de tren para pasar las vacaciones de Navidad con su familia, y a quien se lo costeamos nosotros, no sin ser después amonestados por el “líder” por habernos inmiscuido en los asuntos propios del sistema...

A aquella muchacha enferma que fue trasladada en pleno invierno a Alemania, a pesar de nuestra advertencia de no hacer tal cosa en vista del estado tan precario de salud en que se hallaba, para morir poco tiempo después...

A la joven técnico de radio que me encontraba a menudo sin haber comido por haberse olvidado de ella, con quien compartí algún almuerzo, no sin ser después amonestado también por “*acercarme*” a un joven del sistema...

A la hermana voluntaria a quien el “líder” no concedió siquiera permiso para asistir al entierro de su propio padre...

A la hermana a quien un llamado “líder” le pedía una cantidad de dinero mensual para la “*obra de Dios*”, enténdase su “*obra*”, con el fin de que así pudiera “*redimir*” a sus hijos no creyentes...

A tantos matrimonios que el sistema abusivo logró separar y destruir para mantener su supremacía sobre lo unido por Dios...

A las hermanas que vinieron a mí mostrándome los moratones de las agresiones de sus maridos, a quienes el “líder” había enseñado que la mujer debía someterse a la “*autoridad*” de su marido, llegando a semejantes tropelías.

A los pocos que se atrevieron a abandonar el sistema abusivo bajo amenazas y “*oraciones diabólicas de maldición*” para que fracasaran y regresaran...

Aquellos que, si finalmente lograron abandonar el sistema, lo hicieron, después de haber pasado años contribuyendo al enriquecimiento del “líder” y su familia, con una mano delante y otra atrás...

A algunos que murieron prematuramente bajo la maldición recibida de parte del “líder”...

La lista de los abusados se haría muy larga, de modo que pongo fin ahora...

Mi recuerdo y cariño sincero para todos ellos, comprendidos también a aquellos que, sin llegar a tales extremos, salieron de comunidades religiosas sectarias de todo signo, después de haber sufrido abuso espiritual y sutil manipulación de sus conciencias, para no volver a tener interés alguno en unirse a una institución religiosa bajo el control de un “*gurú*” especializado en el dominio explotador...

A quienes todavía os halláis dentro de esas redes viscosas, quiero animaros a salir de cualquier “*Babilonia*” en que os encontréis, sea chica o grande...

A quienes no sois capaces de imaginar que puedan existir comunidades cristianas formadas por hermanos y hermanas libres, vinculados solemnemente con los lazos amorosos de nuestro Señor Jesucristo por la bendita Persona del Espíritu Santo; comunidades ciertamente no perfectas, pero sí fundamentadas en las enseñanzas de

nuestro único Maestro, quien nos llama a todos amigos, y no siervos, si guardamos sus Mandamientos.

Y también a quienes ya salisteis pero os sentís turbados y confusos, os animo a buscar la dirección de nuestro Señor, quien os conducirá a encontraros con hermanos y hermanas dispuestos a vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Pr. Joaquín Yebra.

“El hábito prolongado de no reparar en la maldad de una cosa, puede darle la apariencia superficial de ser algo bueno.”

Thomas Paine

Introducción:

Somos testigos recientes de tremendos y alarmante efectos nocivos que producen modelos del llamado “*liderazgo*” empresarial de naturaleza tóxica dentro de las estructuras eclesiológicas evangélicas, y no solamente en los llamados “*centros cristianos de rehabilitación de toxicómanos y marginados*”, que muchos habréis visto retratados en las palabras de nuestra dedicatoria, sino también dentro de las propias iglesias sometidas a los autoproclamados “*apóstoles*” y demás zarandajas.

Se trata a todas luces de modelos basados en la coacción y en la consideración de las personas como meros objetos o mercadería reemplazable, lo que indefectiblemente conduce a la “*cosificación*” del ser humano; es decir, a robarle su dignidad singular y convertirle en cosa, en objeto utilizable y después desechable.

De ahí la reticencia de parte de Dios nuestro Señor a hacer recuentos y estadísticas del pueblo de Dios por iniciativa humana. Se pueden contar las cosas, pero la dignidad singular e irreplicable de cada ser humano no es contabilizable.

Infortunadamente, lo que en los estudios sociológicos de la empresa se denomina “*gerencia tóxica*” o “*liderazgo tóxico*”, ha penetrado más profundamente en las iglesias de lo que imaginamos.

La *cosificación* de los hombres y mujeres que constituimos las iglesias locales – nosotros preferimos referirnos a ellas como “*comunidades cristianas*”, por cuanto la *Iglesia del Señor* es una, única, universal, histórica y escatológica-, la reducción a cifras estadísticas, las decisiones asamblearias y convencionales a base de *tarjetas verdes, rojas y blancas*, al estilo de las convenciones y congresos de los partidos políticos y los sindicatos estatales, las “*campañas*” más o menos encubiertas para promocionar determinados candidatos y obstruir el camino a otros, los comités y comisiones “*pro-cargos*” y una larga lista de manidas artimañas con tufo al ámbito político y el entorno sindical, que al mismo tiempo nos quieren “*vender*” como si fuera la voz del Espíritu Santo, solamente son caminos enfangados y sucios cenagales en los que se evita precisamente toda posibilidad de escuchar la voz de nuestro Señor.

Es como si todo el Nuevo Testamento en general, y el libro de los Hechos de los Apóstoles en general, sólo sirviera para que hiciera bulto en la Biblia, una mera reseña histórica sin aplicación para la Iglesia de hoy.

Este breve estudio pretende ayudarnos a entender el verdadero sentido de la sujeción a la autoridad establecida por Dios en su Iglesia, y de esa manera ni ser víctimas del abuso de poder ni tampoco ser los victimarios.

Nuestro propósito es mostrar la suma de la Palabra de Dios respecto a un fenómeno que se está extendiendo en las comunidades cristianas y las familias denominacionales e hiriendo de gravedad e incluso de muerte a muchos más de los que imaginamos.

También pretendemos, naturalmente, mostrar cuáles son las principales características de los sistemas abusivos de la religión organizada y de las sectas independientes, no sólo entre los fundamentalistas no dialogantes, tanto los denominados *evangélicos* como los tachados de *liberales*, sino también en círculos que existen bajo los epígrafes de organizaciones no gubernamentales, asociaciones de carácter benéfico altruista, y todo un amplísimo espectro de la fauna ideológica.

Creemos que la definición del abuso espiritual que nos llega de Jeff VanVonderen y David Johnson, en su libro titulado “*The Subtle Power of Spiritual Abuse*” (“*El Sutil Poder del Abuso Espiritual*”), publicado primeramente por *Bethany House (Baker Publishing Group, Ada, Missouri, EE.UU.)*, en el año 2005, responde muy acertadamente a este fenómeno en expansión:

“El abuso espiritual ocurre cuando un líder utiliza su posición religiosa de autoridad para controlar, intimidar o dominar a otra persona. También sucede cuando una persona que tiene necesidad de respuestas, de ayuda o de apoyo, es denigrada cuestionando su “unción espiritual” o acusándola de no ser suficientemente “espiritual” para someterse a las decisiones del líder en autoridad.”

El abuso espiritual es un mal uso de la espiritualidad, habitualmente degradada a mero “*espiritualismo*”, para lograr que las personas vivan conforme a los parámetros de los abusadores.

El resultado es que las personas abusadas quedan bajo el peso del complejo de culpa, de juicio o de condena. Cuando se enseña que quienes no se someten a la autoridad represiva de un llamado “*líder*” están bajo el peligro del juicio y de la furia divina, ya podemos estar seguros de que quienes pretenden ejercer esa autoridad están obrando bajo un espíritu que nada tiene en común con el Santo Espíritu de Dios nuestro Señor.

El intento por sembrar temor humano como medio carnal para mantener a las personas bajo su autoridad demuestra precisamente que hay una total y absoluta carencia de verdadera autoridad espiritual.

Quizá convendría comenzar por tener presente la definición que se nos da en el Diccionario de La Academia de la Lengua Española respecto al “abuso de autoridad” como “extralimitación de funciones por parte de autoridades en el desempeño de un determinado cargo u oficio.”

En realidad, bastaría la definición de la *Academia* para que nos quedara perfectamente claro el sentido de este término.

“La creencia en un “dios” cruel vuelve crueles a los hombres.”

Thomas Paine.

El Abuso Espiritual

El abuso espiritual consiste en maltratar a una persona que precisa ayuda, apoyo, consuelo o mayor crecimiento espiritual, aprovecharse de su debilidad, precariedad o vulnerabilidad y apropiarse de su conciencia para explotarla y obtener el máximo beneficio de ella.

A veces ese “*beneficio*” no se limita a lo estrictamente crematístico, sino que también abarca todo el ámbito del afán por la dominación.

En realidad, la verdadera y genuina autoridad espiritual, por el contrario, consiste en el desempeño de la actividad profética, tan malentendida en nuestros días. Recordemos cuál es el propósito verdadero del don profético:

1ª Corintios 14:3: “Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación.”

Aquí conviene que tengamos muy presente que este es el verdadero y único sentido de la profecía neotestamentaria: La edificación mediante la enseñanza de las Sagradas Escrituras; la exhortación, que es el ánimo y el estímulo para proseguir a la meta tras las huellas de nuestro Señor Jesucristo; y la consolación, es decir, el consuelo maternal de la dulcísima Persona del Santo Espíritu de Dios.

Cuando la autoridad espiritual se ejerce en cualquier otro sentido, el triste resultado es que esa persona es debilitada, sabotada o disminuida en su desarrollo espiritual y en su proceso de maduración integral.

El propósito de los abusadores o manipuladores es, consciente o inconsciente por su parte, alcanzar poder sobre esa persona para manipular sus pensamiento, sus sentimientos y emociones.

Uno de los más claros ejemplos de lo que venimos diciendo se encuentra en un documento del Nuevo Testamento que, por su brevedad, no es muy conocido por muchos cristianos. Se trata de la 3ª Epístola de Juan 9-10:

“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia.”

Esta descripción que nos llega de la pluma del Apóstol Juan corresponde a lo que muchos estudiosos de la fenomenología y la sociología de la religión organizada denominan “*Síndrome de Diotrefismo*”. Otros lo llaman “*Elitismo Espiritual*”, algo que no es novedoso en la Historia de la Iglesia, sino que se ha producido muchas veces en el curso de los siglos.

Este abuso espiritual se da principalmente cuando un dirigente usa su posición estructural u organizativa para controlar o dominar a los demás bajo una apariencia de posición espiritual. Esto puede acontecer tanto de forma consciente como de manera inconsciente.

En estos casos, los criterios de los demás son completamente ignorados y los sentimientos de otras personas son atropellados.

El origen de estas actitudes radica en la inseguridad de sí mismos que suelen padecer los abusadores, por cuanto suelen entender la autoridad como poder, como un medio para reforzar su posición, jamás como servicio a los demás.

Eso es llana y sencillamente el abuso espiritual, y se trata, pues, de lo más contrario y opuesto a la verdadera autoridad espiritual, cuyo sentido, propósito y meta es promover el bienestar, las emociones y los sentimientos de los demás hermanos.

Otra de las maneras en que se manifiesta el abuso espiritual es cuando se emplea la espiritualidad para obligar a las personas a vivir según un criterio o norma espiritual que a menudo poco tiene que ver con la vida espiritual de la persona.

Por ejemplo, cuando de forma impositiva se enseña a una persona que para estar a bien con Dios tiene que hacer esto o aquello, simplemente siguiendo las órdenes o directrices del llamado “líder”, sin dar lugar a una experiencia propia, sin maduración personal, simplemente acatando una orden dada por la “autoridad” del “líder” o el reglamento impuesto por el sistema.

“Quien asegura su libertad debe de guardar de la opresión incluso a sus enemigos; por cuanto si viola su deber, establece un precedente que tarde o temprano le alcanzará.”

Thomas Paine

El Hedonismo, el Placebo y la Droga del Placer de Dominar.

Vamos a comenzar leyendo el pasaje que hallamos en Jeremías 5:26, 30-31:

“Porque fueron hallados en mi pueblo impíos; acechaban como quien pone lazos, pusieron trampa para cazar hombres. Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño, así se hicieron grandes y ricos. Se engordaron y se pusieron lustrosos, y sobrepasaron los hechos del malo; no juzgaron la causa, la causa del huérfano; con todo, se hicieron prósperos, y la causa de los pobres no juzgaron. ¿No castigaré esto? Dice YHVH; ¿Y de tal gente no se vengará mi alma? Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?”

El maltrato proviene siempre de una posición de autoridad estructural o jerárquica.

El maltrato jamás puede proceder de quienes han recibido un corazón pastoral, conforme a Jesucristo el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas.

Los dirigentes, los pastores puestos por Dios para servir al pueblo, llegan a ser, por falta de genuina autoridad espiritual, “*señores del rebaño*”, como dice el Apóstol Pedro en 1ª Pedro 5:1-4:

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.”

El abusador ostenta un *status* de autoridad espiritual en base a rango o posición dentro de una estructura que se lo permite, frecuentemente fundada por él mismo y sujeta a sus propias leyes, sin rendimiento de cuentas a nadie.

Su sentido de “*responsabilidad*” no es la necesidad de “*responder*”, sino, antes bien, que todos respondan ante él o ella. Todo rendimiento de cuentas queda totalmente descartado.

El abusador quiere ser percibido como quien tiene poder y autoridad, y de ese modo actuar sobre los demás desde un lugar de influencia, pero la triste realidad es que esa persona carece de genuina autoridad, pues ésta siempre es otorgada por nuestro Señor para servir y proteger a otros, nunca para que nos sirvamos de los demás.

Todo sistema religioso de autoridad abusiva demanda un constante afianzamiento de la autoridad del dirigente mediante el continuo recuerdo a los fieles de su necesidad de sumisión y sometimiento al “*ungido*” del Señor, absoluta atención a sus enseñanzas y directrices, y un seguimiento estricto incluso en los menores detalles.

Anecdóticamente, recordamos a uno de esos pastores que procedía antes de las vacaciones veraniegas a revisar los trajes de baño que las hermanas de su congregación iban a usar en la playa, en el río o en las piscinas. A semejantes grados de extravagancia puede llegar el malentendido de lo que verdaderamente significa la autoridad que procede del Santo Espíritu de Dios.

La diferencia entre la auténtica autoridad espiritual y la abusiva radica en que la genuina es un don recibido de nuestro Señor, que muestra los rasgos inequívocos de Jesucristo hacia sus discípulos, siempre de amor y ternura, mientras que la falsa autoridad solamente es una serie de gestos, posturas y maquillajes.

Recordemos que cuando Jesús hablaba con autoridad, y así era reconocido por quienes estaban acostumbrados a los gestos autoritarios y excluyentes de algunos fariseos, semejantes a todos los sectarios de todos los tiempos, esa autoridad espiritual era respaldada por su vida y sus obras. Sin semejante respaldo, las palabras de Jesucristo solamente serían hermosos aforismos.

Esa carencia de genuina autoridad procedente del Espíritu Santo suele ocultarse por un tiempo tratando de mantener ocupadas a las personas, ignorando las necesidades reales de los demás.

Hay en este sentido un curioso pasaje que hallamos en Jeremías 6:13-14:

“Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores. Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz.”

Entreteniendo a las personas resulta relativamente fácil apartarlas de las necesidades reales, de los sufrimientos del pueblo, de las penurias de las viudas y los huérfanos. Así es como se forma lo que nosotros llevamos años denominando la “*burbuja evangélica*”, siempre *ahistórica*, *asocial* y sólo centrada en repartir folletitos y esperar que aumente el número de concurrentes para sacar la foto y procurar que vengan fondos de algún lugar en que se encuentre la entidad “*madre*” de la *criatura*.

Esta es la raíz del *activismo ocupacional* que caracteriza a muchas de las instituciones autodenominadas “*iglesias*” de nuestros días. Manteniendo ocupados a los hermanos, frecuentemente sin hacer nada productivo para la extensión del Evangelio, sino sólo evitando que piensen, o aumentando el patrimonio de la familia “*directiva*”, se logra que se mantenga el “*chiringuito*”. Como decía mi bisabuela: “*Pasen días y caigan ollas*”.

Mediante la espiritualización, que nada tiene que ver con la genuina espiritualidad de Jesucristo, se pueden distribuir *placebos*, fórmulas para prosperar, llegando incluso a la “*venta*” de las bendiciones, todo ello en una auténtica “*feria de las vanidades*” que resultaría risible si no fuera porque dentro de esa viscosa red se hallan muchas personas que padecen sufrimientos profundos que les anularán o marcarán para siempre.

Conocemos a muchas personas por nombre y apellido que después de años arrastran tras sí bastantes heridas profundísimas de las que no se han curado, sino que permanecen

abiertas y supurando dolor, desconfianza, resentimiento e incapacidad para integrarse en una congregación cristiana de hermanos y hermanas, sin ningún “líder” ni “gurú” manipulador de conciencias.

En este caso que nos ocupa, no se trata de una corriente de moda que como tal pasará, como ha ocurrido en muchas ocasiones. Por el contrario, todo indica que los sistemas de autoridad abusiva se extienden a lo largo y ancho de la geografía de las organizaciones religiosas sectarias de nuestros días.

Su origen puede trazarse hasta los tiempos bíblicos y ha llegado muy potenciado hasta nuestros días, alcanzando grados altísimos de sofisticación.

Además del hondo daño producido por el abuso de la autoridad llamada “*espiritual*”, desde un punto de vista teológico podemos contemplar fácilmente el deterioro producido en la imagen de Dios entre las víctimas de estos abusadores y sus sistemas.

“Creo en la igualdad del hombre, y que sus deberes religiosos son hacer justicia, amar la misericordia y procurar hacer felices a sus prójimos.”

Thomas Paine

La Falsa Autoridad Espiritual y el Envenenamiento de la Imagen de Dios.

Es innegable que nuestro Señor Jesucristo empleó palabras fuertes para describir el comportamiento de algunos de los escribas, fariseos, saduceos y ancianos de la nación, y que incluso les dedicó palabras no precisamente cariñosas, sacando a la luz su carácter hipócrita y avariento, pero siempre lo hizo en defensa del pueblo que padecía bajo sus abusos de poder y falsa autoridad espiritual.

Mateo 23:13-15: “Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.”

De esta guisa hemos comprobado en el curso de los años como hombres y mujeres con un gran celo misionero confundían Evangelio con su propia cultura, habitualmente impregnada del imperialismo de su nación de procedencia, y comprimían a sus prosélitos dentro de su propio esquema cultural, con lo cual solamente lograban confirmar la idea de los españoles cultos de que se trataba de una secta de importación. Lo sabemos muy bien porque lo hemos sufrido en carne propia.

En el curso del Nuevo Testamento hallamos que el abuso de autoridad fue también un asunto importante para el Apóstol Pablo. Sus adversarios no fueron sino hombres que se comportaron con él de manera semejante a como él mismo había actuado contra los primeros cristianos antes de su conversión a Jesucristo.

Con el paso de los años hemos podido comprobar que muchos que al convertirse a nuestro Señor partieron de una experiencia de gracia y misericordia, después llegó el momento en que la gracia y la misericordia quedaron atrás, siendo reemplazadas por actitudes de legalismo, inmisericordia y abuso de autoridad supuestamente espiritual.

Es con este tipo de personas con quienes se forman los sistemas abusivos de autoridad, no sólo dentro del ámbito cristiano o religioso, sino en todos los campos del quehacer humano.

En realidad, todos los sistemas de naturaleza ideológica son proclives a que se den y desarrollen abusos de autoridad, especialmente en los sistemas de características claramente esotéricas.

Hallamos exactamente la misma dinámica en los casos de violencia doméstica, abuso sexual y todas las demás formas de degeneración de la autoridad en maneras y estructuras abusivas, donde, indefectiblemente, se alza un “líder” espiritual revestido con apariencia de autoridad que sólo le pertenece a Dios nuestro Señor.

El abuso espiritual siempre se gesta en los puntos de concentración de poder dentro de los sistemas de autoridad disfuncional, de tal manera que pueden darse, y de hecho se dan con mucha frecuencia, casos en los que, por ejemplo, el *consejo de diáconos* o de *ancianos*, o comoquiera que se autodenomine el *órgano rector* de que se trate, ejerce un abuso de autoridad sobre el pastor hasta eliminarlo y destruir su ministerio.

La *sala de juntas* de la iglesia adquiere en esos casos el ambiente y la atmósfera de una *sala de consejo de administración* de una empresa del mundo o el *comité de un partido político o de una organización sindical*, donde la lucha por el poder y la falsa autoridad impiden que la voz del Santo Espíritu de Dios pueda ser escuchada.

En casos extremos, bastante numerosos por cierto, la atmósfera llega a alcanzar tufo mafioso por la presencia de muchos elementos coactivos y represivos.

También suele producirse esta situación cuando un grupo de “*fieles*”, compuesto por las familias que más aportan económicamente al sostén de la iglesia y el pastor, y que frecuentemente son los miembros más antiguos de la congregación, y más estables económicamente, optan por dejar de diezmar y ofrendar para conducir a la iglesia a una crisis profunda y deshacerse de esa manera del “*siervo*” que no sirve a sus intereses o que destaca aspectos de la vida cristiana que ellos no están dispuestos a seguir, especialmente respecto a su conducta ética.

Conocemos también por nombre y apellido al que fuera pastor de una de las iglesias más emblemáticas de nuestra capital, quien, además de ser amigo, persona muy capaz, honrada y espiritual, por predicar y enseñar la necesidad de la santidad en la vida cristiana, salía de su congregación muchos domingos por la noche llorando amargamente tras haber escuchado la reprimenda y las amenazas de algunos de sus “*diablóconos*”, entre quienes se encontraban los representantes de las familias más “*notables*” de la iglesia.

En este caso, como en tantas otras ocasiones, se había producido el síndrome de espuria autoridad espiritual en quienes se creían supervisores de su pastor y ejercían una dirección en la sombra, en una inversión de papeles que naturalmente llegaría a producir un caos inimaginable.

De modo que como hemos podido constatar, el abuso de poder y la manipulación puede darse, y de hecho se da, en todos los sentidos y direcciones del cotarro.

El abuso espiritual no sólo es sumamente doloroso, sino que además produce un envenenamiento de la visión de Dios nuestro Señor, que llega en casos extremos, muy numerosos por cierto, a generar una imagen de Dios degradada, degenerada y envenenada.

Los daños emocionales y psicológicos han llegado a convertirse en psicosomáticos, produciendo una relación de miedo a Dios, confundido siempre con la propia imagen del “*líder*”.

El envenenamiento de la imagen de Dios ha podido conducir a las *cruzadas* y todas las “*guerras santas*” que ha habido y sigue habiendo, a las *hogueras inquisitoriales* del pasado y del presente, al *terrorismo islámico*, al de los “*cristianos*” en Irlanda del Norte, por ejemplo, entre *católicos* y *protestantes*, al de los *fundamentalistas norteamericanos* y sus bombas contra las *clínicas abortistas* –olvidando que dos males jamás obrarán un bien- y una larga sucesión de hechos repugnantes y vergonzosos, absolutamente imposibles de conjugar con la vida testimonial y las enseñanzas gloriosas de nuestro único Señor y Salvador Jesucristo.

Tengamos muy presente que el fanatismo carece de experiencia con Dios. Confunde al Eterno con sus dogmas de factura humana, y conduce a sus acólitos hacia la mediocridad y la inseguridad, de tal manera que todo cuanto no se desarrolla dentro de sus filas es considerado como algo que se enfrenta en franca enemistad.

Los gestores de los sistemas abusivos construyen su propia grandiosidad a base de ejercer el abuso de autoridad. Predican el odio, de forma sutil o abierta, y de manera consciente o inconsciente.

De ahí sus palabras brutales contra las personas, siempre procurando crear mala conciencia en los demás, y de esa manera establecen relaciones de miedo, sospecha, *caza de brujas* y otros desmanes semejantes para mantener bajo control a sus víctimas.

Comoquiera que, efectivamente, ninguno de nosotros estamos sin alguna culpa, por cuanto así lo expresa la Sagrada Escritura, al enseñarnos esto claramente en la palabra apostólica, resulta muy fácil a los manipuladores de conciencia crear grandes temores y sentimientos de culpabilidad en las almas más débiles mentales o más proclives a tener que seguir ciegamente a un “*líder*”.

Realmente, no hay dictadura en el mundo, tanto en el ámbito político como en el religioso, que no se fundamente en el afán por el lucro y la dominación, de parte de los abusadores, y en la debilidad mental de parte de los abusados.

El efecto primigenio del abuso espiritual es llevar a las almas a no vivir por sí mismas, sino a dejarse vivir por las directrices de los demás.

De ahí se desprende la clara advertencia de nuestro Señor Jesucristo respecto al peligro de los falsos profetas que vienen a nosotros con pieles de cordero, pero realmente son lobos disfrazados:

Mateo 7:15-20: “Guardaos de los falsos profetas, que viene a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.”

Mateo 24:11: “Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos.”

Mateo 24:24: “Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.”

Aquí la clave de interpretación se encuentra en la voz “*Cristos*”, la cual puede hacernos pensar que algunos hombres se levantarán haciéndose reconocer y llamar literalmente “*Cristo*”.

Sin embargo, y sin ignorar que semejante aberración ya se ha dado, sigue dándose y se dará con más frecuencia, la voz “*Cristo*” significa literalmente “*Ungido*”, de manera que tras la máscara de los que pretenden ser “*ungidos*” para dominar y explotar a sus hermanos, se encuentra el cumplimiento de la profética advertencia de nuestro bendito Salvador.

Por otra parte, quienes aducen a semejante “*unción*”, ignoran o desconocen que quien es verdaderamente cristiano por la gracia de Dios es un “*ungido*” con la bendita Persona del Espíritu Santo de Dios nuestro Señor.

La palabra apostólica es muy clara al respecto de lo que venimos viendo. Veamos varios ejemplos a la sazón:

2ª Corintios 11:13-15: “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.”

2ª Pedro 2:1-3: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.”

1ª Juan 4:1: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.”

Sus efectos en las almas sencillas son básicamente confusión y turbación de los propios sentimientos ante las artimañas de los manipuladores de las conciencias y los abusadores de su pretendido poder espiritual.

Suelen comenzar su diabólico proceso mediante el empleo de palabras piadosas para engañarnos provocándonos una mala conciencia si no seguimos sus pasos y, de lo contrario, acusándonos de tener algún mal espíritu.

Esta técnica de la infiltración de la mala conciencia actúa también para que quienes han caído presos en semejantes redes no puedan abandonar el sistema represivo en que se encuentran:

Santiago 3:2: “Todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo”.

1ª Juan 1:10: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Dios mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

Lo que los manipuladores de las almas silencian, ocultan o desvirtúan es la gloriosa enseñanza de nuestro Señor a través de esta misma palabra apostólica, donde se nos asegura la salida que Dios ha provisto para nosotros, como buen Padre de amor y de misericordia para sus hijos:

1ª Juan 1:5-9: “Este es el mensaje que hemos oído de él (del Verbo de Vida, el cual estaba con el Padre, y se nos manifestó), y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él (con Dios), y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz (Dios nuestro Padre y su Hijo Jesucristo, el Verbo de Vida, en la unidad perfecta del Espíritu Santo), tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él (Dios nuestro Señor por el Verbo de Vida) es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

Una vez más podemos comprobar el sutil uso que los abusadores hacen de los textos bíblicos, mediante la artimaña de mutilar pasajes bíblicos y citar medios versículos a su antojo.

La psicología moderna ha podido constatar que en el fondo de los fanáticos y sus líderes hay un profundo temor a todo lo que se escapa de su control, a todo lo extraño que no pueden abarcar con sus artimañas.

Muchos de ellos son personas que sufrieron rechazo y otros males en su infancia, y que arrastrando muchos traumas sin resolverlos durante muchos años, han desarrollando de ese modo diversos grados de neurosis, complejos de persecución, tendencia a la misoginia y otros síndromes que infortunadamente les incapacitan para ejercer cualquier ministerio pastoral.

No obstante, por carecer de autoridad sobre ellos mismos, se empeñan en mantener posiciones de autoridad que necesariamente ha de degenerar en poder, el poder en explotación agresiva, y ésta en violencia incontenible.

De ahí su frecuente rechazo de extraños, extranjeros –siempre que sean de los que viene en necesidad, porque a sus patrocinadores foráneos los aceptan con brazos abiertos, y hasta imitan su acento), así como todo lo que les resulta novedoso a su propio espíritu, por lo que proyectan sobre los demás, particularmente sobre los más débiles y vulnerables, toda la oscuridad de su propia alma.

“Es necesario para la felicidad del hombre que éste sea mentalmente fiel a sí mismo, pues la infidelidad no consiste en creer ni en no creer, sino en profesar el creer lo que uno no cree.”

Thomas Paine

El “Jerarquicismo” de los Sistemas Abusivos.

En los sistemas abusivos suele escucharse constantemente hablar de “*obediencia*”, “*sometimiento*”, “*sujeción*” y cosas parecidas.

Esta es, como ya hemos apuntado, la gran preocupación de los abusadores, siempre centrados en lo que las personas hacen y piensan, particular respecto a lo que piensan de ellos. Ese suele ser su principal dolor de cabeza.

Su lema es “*si quieres ser bendecido tienes que sujetarte a mí.*” Realmente, todas las demás cosas no importan en absoluto.

Los abusadores no buscan hacer discípulos para Jesucristo, sino para ellos mismos. Esto es muy fácil de constatar. De ahí que cuando se erigen a sí mismos como “*apóstoles-restauradores*” de una congregación cristiana, o bien son requeridos por ésta para recibir su ayuda y dirección, la primera acción que acometen es la destitución de los ancianos, diáconos y demás oficiales de la iglesia en cuestión, para substituirlos por sus acólitos de confianza.

En la mayoría de los casos que hemos venido conociendo en el paso de los años, la “*restauración apostólica*” no ha sido sino un burdo “*golpe de estado*” para incrementar la supuesta “*autoridad*” del “*líder*”.

Finalmente, como hemos podido constatar en numerosos casos, su “*restauración*” ha consistido en producir una división de la iglesia y aumentar el contingente de sus seguidores engañados por algún tiempo.

En su afán de poder demoledor pontifican asegurando que su labor de restauración tiene que hacerse desde los escombros, ignorando que toda restauración verdaderamente dirigida por el Santo Espíritu de Dios se realiza sin demolición de lo establecido, sino fortaleciendo las estructuras dañadas:

Isaías 42:3: “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia.”

Tengamos siempre muy presente que cuando la sujeción no es conforme a la enseñanza de las Sagradas Escrituras, la imposición llega a ser humillante, deshonesto y explotadora.

En casos extremos llega a producirse la ignominia del desprestigio de las personas y su afrenta pública.

Al “*jerarquicismo*” le encantan algunos pasajes de las Escrituras que ellos emplean fuera de contexto para justificar su imposición manipuladora. Veamos unos ejemplos de la palabra apostólica, para después desenmascarar el uso incontextual que los abusadores hacen de ellos:

Romanos 13:1: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.”

1ª Pedro 5:5-6: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo.”

Hebreos 13:17: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.”

Estas enseñanzas son ciertísimas y todas ellas nos son dadas para ponerlas en práctica en nuestra vida como discípulos de Jesucristo.

Pero, ciertamente, ninguno de este textos da pie al abuso espiritual ni al ejercicio de la manipulación explotadora de las almas.

Creemos que estos textos sobre la autoridad espiritual han de ser considerados junto con otros que aportan el equilibrio necesario. Recordemos las claras palabras que hallamos en el Salmo 119:16:

“La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia.”

Si ignoramos esta enseñanza fácilmente caeremos en el olvido de que “*todo texto sin su contexto no es sino un pretexto*”. De esto saben mucho los abusadores espirituales.

Por ejemplo, veamos la reacción de los Apóstoles Pedro y Juan ante un craso abuso de autoridad, en el cual queda evidenciado que no se sometieron al mandato de las autoridades mundanas, por cuanto ellos, como nosotros, estamos bajo una autoridad de rango infinitamente superior:

Hechos 4:18-20: “Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

Los Apóstoles Pedro y Juan sencilla y llanamente desobedecieron a las autoridades, por cuanto semejante obediencia ha de ser siempre relativa, nunca por encima ni mucho menos en contra de la obediencia que debemos a nuestro Señor Jesucristo y sus enseñanzas.

Siguiendo el orden de los acontecimientos, nos encontramos con los Apóstoles de nuevo convocados por las autoridades y su reacción:

Hechos 5:28-29: “¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado Jerusalem de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre. Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”

Al considerar estas cosas nunca puedo evitar que venga mi memoria la actuación de aquellas santas parteras hebreas, *Sifra* y *Fúa*, a quienes el monarca de turno, el déspota faraón, encargó que procedieran a asesinar a los bebés varones de las familias de Israel:

Éxodo 1:15-16: “Y habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra, y otra Fúa, y les dijo: Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva.”

Pero la Sagrada Escritura da testimonio inequívoco de que aquella fieles mujeres desobedecieron a las autoridades, y en este caso nada menos que al rey:

Éxodo 1:17: “Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños.”

Cuando el déspota monárquico llamó a las parteras para que dieran cuenta de sus hechos, *Sifra* y *Fúa* respondieron así:

Éxodo 1:18-21: “Y el rey de Egipto hizo llamar a las parteras y les dijo: ¿Por qué habéis hecho esto, que habéis preservado la vida a los niños? Y las parteras respondieron a Faraón: Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias; pues son robustas, y dan a luz antes que la partera venga a ellas. Y Dios hizo bien a las parteras; y el pueblo se multiplicó y se fortaleció en gran manera. Y por haber las parteras temido a Dios, él prosperó sus familias.”

No queremos concluir esta sección sin mencionar que no puede existir un abuso espiritual y una manipulación de las almas, a menos que la atribución de la unción del Espíritu Santo en grado superior, cuando no único, sea para el “líder” de turno.

De manera sutil, como suele ser la actuación del malo -¡Dios le reprenda!- el “líder” va ascendiendo posiciones, atribuciones y grados “*espirituales*” hasta llegar a reclamar para sí la presencia y la unción del Santo Espíritu de Dios de forma exclusiva o a mucha distancia del resto de los mortales.

La paranoia en que desemboca una fuerte neurosis espiritual no resuelta durante muchos años llega a hacer que el endiosamiento de estas víctimas del orgullo desmedido, les vuelva curiosamente atractivos para muchas personas emocionalmente inestables, que en el fondo de su corazón realmente sólo aspiran, de forma consciente o inconsciente, a llegar a ser como su “líder” idolatrizado.

Cuando los atrapados se percatan de que la realidad es que están siendo manipulados, abusados, explotados de la manera más vil y vergonzosa, suelen desmoronarse espiritualmente, si bien, muchas almas ya no pueden recuperar su libertad de sentimientos y de conciencia.

Otros se encuentran en un callejón sin salida y no saben qué hacer. No saben qué camino emprender. Por una parte todas sus ilusiones se han desmoronado, y por otra no quieren reconocer haberse equivocado, haber caído en las redes de una secta bajo apariencia de iglesia o de centro cristiano.

Es necesaria la terapia espiritual que no es fácil hallar en nuestros círculos, primordialmente porque nos sobra soberbia y nos falta mucho amor.

La recuperación no es fácil, pero si estamos abiertos a la bendita Persona del Espíritu Santo, y nos sentimos rodeados por verdaderos hermanos en la fe de Cristo, podemos

albergar la esperanza en certidumbre de no estar solos, sino de estar en el camino de recibir el bálsamo de Santo Consolador, esa promesa que nunca nos faltará.

“De todas las tiranías que afectan a la humanidad, la religiosa es la peor de todas.”

Thomas Paine

El Autoritarismo frente a la Genuina Autoridad.

Bajo el autoritarismo, los hermanos de muchas iglesias en general, y en los últimos años de los centros autocalificados como “*cristianos*” en particular, dedicados a una supuesta “*rehabilitación*” de toxicómanos y marginados –tristemente meros centros de trabajo en régimen de explotación sin ninguna retribución ni aportación a la seguridad social de nuestra nación- son hombres, mujeres y niños que viven atemorizados de ser cruelmente juzgados por el “*líder*” o perder su puesto de cierta “*autoridad*” o reconocimiento dentro del grupo.

He podido contemplar con mis propios ojos tantos rasgos de campo de concentración en dichos círculos, que he llegado a sentir náusea.

De ese modo, los abusadores del poder “*espiritual*” sacan ventaja y logran que se cumpla su voluntad sin ser cuestionada ni objetada.

La Palabra de Dios deja de ser el texto bíblico, su soporte escritural, para convertirse en la interpretación exclusiva del “*líder*” que la explica pontificalmente, sin admitir ningún matiz ni visión desde otro ángulo posible. De ahí que no se permita a ninguno de los hermanos acceder al estudio sistemático en ninguna institución, ni que se lean otros libros que los escritos por el “*líder*” o los por él autorizados.

Si por ellos fuera, no nos habrían llegado cuatro versiones del Evangelio de Jesucristo, sino que el Espíritu Santo debería habernos dado una sola.

Sin embargo, Dios ha querido que tengamos en nuestras manos cuatro versiones de la vida y las palabras de nuestro Señor y Maestro, desde la perspectiva de cuatro hombres y cuatro comunidades de fe diferentes.

Ahora bien, lo más grave de esta situación es lo que *Albert Einstein* dijo al respecto:

“Lo peor de educar por métodos basados en el temor, la fuerza y la autoridad impositiva, es que se destruye la sinceridad y la confianza, y sólo se consigue una falsa sumisión.”

Semejante práctica siempre termina por convertirse en acoso moral, en el que el manipulador recurre al insulto, el ataque, la descalificación, la calumnia, el aislamiento de otras personas, el cambio constante de ubicación, la separación de parejas, la injerencia en la planificación familiar y de los hijos, y la asignación de tareas imposibles de lograr.

Conocemos a uno de estos “*pájaros*” que en su supina soberbia llega “*abrir matrices*” y “*cerrar matrices*”, por cuanto se niega a aceptar todo control de natalidad, en un

programa de control de la misma que supera la imaginación más calenturienta. Al negarse a aceptar todo método de control, y fallarle su sistema de “apertura y cierre”, es autor indirecto de muchos abortos naturales.

Hemos conocido y conocemos matrimonios en los que, cuando bajo la presión de proceder a integrarse como voluntarios en un centro de rehabilitación autodenominado “cristiano”, renunciando a su intimidad y obligándoseles a entregar sus ingresos por trabajo –en algunos casos exclusivos de la esposa- y habiendo optado ésta por no hacerlo, prefiriendo mantener su hogar –recordemos que “casarse” es originalmente “levantar casa aparte”- al esposo y a los hijos que han permanecido bajo la supuesta “autoridad” abusiva de dicho círculo, se les ha sometido a un bombardeo psicológico, se ha puesto a sus amigos en contra de ellos, todo dirigido al objetivo de destruir emocionalmente a quien ha valorado más su autonomía que entrar en una red donde sutilmente se procede a anular a las personas como tales.

Destruir a una familia instituida por Dios como algo sagrado es algo que no puede importarles menos a estas “sectas” con apariencia de círculos cristianos.

El marido fiel a la organización será finalmente aconsejado a dejar a su esposa, acusada de rebelde y mundana, para después proporcionarle una nueva compañera de entre las pobres mujeres domesticadas para ser leales a la causa; esas pobres siervas de los acólitos del “líder”, a quienes se les alistó para dedicarse a servir al Señor y el Evangelio, pero ahora han sido convertidas en domésticas de las casas de los “responsables” del sistema. Creo que se trata de una imitación de la estratagema del Opus Dei.

Gente crédula y fácilmente manipulable, como tratándose del esposo en el caso antes citado, hombre vulnerable en su debilidad, con complejo de “salvador”, o muy cargado de culpas por su pasado, y a quien no se le ha enseñado el alcance del perdón que Dios nos regala sobre la reconciliación ganada por Jesucristo en la Cruz del Calvario, es relativamente sencillo lograr que no diga “no” a las propuestas sutiles de los manipuladores, quienes primeramente accederán a tal persona con palabras seductoras o amenazadoras, según corresponda, pero siempre bajo disfraz.

El resultado será que los afectos naturales vayan siendo reemplazados y substituidos por la lealtad al manipulador de turno.

El amor a la esposa y a los hijos pasará a último puesto, descalificándolos y satanizándolos por no haberse sometido a la “suprema autoridad” del “líder”.

La idea fija en la mente del seducido será obtener la aprobación del manipulador, a quien habrá adoptado por padre espiritual. Y de ese modo se habrá logrado entrar en su conciencia para manipularla a gusto, en función de los intereses sectarios.

Los abusadores de la autoridad espiritual y manipuladores de almas sólo pretenden tener control sobre las vidas de sus víctimas, especialmente cuando atrapan a alguien valioso, trabajador, entregado y con una alta capacidad de lealtad y sumisión.

El “líder”, jefe máximo y supremo, seducirá aparentando ser un protector que vive para el bien de los demás, no como aquellos a quienes él calificará y desprestigiará como “asalariados”.

Después descubrirás que todo cuanto le hayas entregado para la “*obra de Dios*”, será utilizado y disfrutado por él, los suyos, y sus adeptos más íntimos o mejores facilitadores de fondos y ganancias.

Las mujeres trabajarán como domésticas sin sueldo en las casas de los “*jefes*”, entregadas a las labores domésticas y el cuidado de sus hijos, por cierto muy numerosos, ya que el “*líder*” promoverá los nacimientos, prohibiendo todo control de natalidad, por cuanto la mano de obra gratuita será imprescindible para el desarrollo de su emporio, mientras los varones, especialmente los solteros, trabajarán a destajo sin recibir remuneración alguna.

En sus Biblias, desgastadas por el sudor de las manos, no por su estudio, habrá desaparecido entre otros el texto de 1ª Timoteo 5:18:

“Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario.” (Deuteronomio 25:4; Mateo 10:10; Lucas 10:7).

Este tipo de “*líder*” se burlará de todos los hermanos y hermanas sostenidos voluntariamente por el pueblo de Dios en las labores pastorales y misionales.

Alardeará de no cobrar dinero, pero se sonrojará y negará a mostrarte su cartera-billetero repleta de tarjetas doradas.

Este “*líder*”, en el que estamos ahora pensando, si bien no es el único, ni mucho menos, como supimos por alguien que fue responsable de la administración de sus finanzas, era conocido en muchos restaurantes de cinco tenedores y se alojaba en hoteles de lujo, mientras sus pobres acólitos tenían y tienen que contentarse con comer alimentos caducados o restos del rancho de algún cuartel próximo. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

El “*líder*” manipulador de conciencia y abusador de la autoridad espiritual exigirá a sus víctimas que siempre estén donde él las precise, pero él nunca estará a su lado cuando ellas le necesiten. También lo hemos podido comprobar reiteradamente.

También es cierto que hay personas que son “*carne de cañón*”, como decimos castizamente. Si no hubiera víctimas del sectarismo, la secta no existiría. Esto es lo mismo que ocurre respecto a los timos, los timadores y los timados.

Si nos vieron, nos estudiaron y escogieron para sus planes diabólicos es sencilla y llanamente porque nosotros mismos les dimos lugar a hacerlo.

Esto se asemeja muchísimo a lo que acontece entre el timador y el timado. Uno no existiría sin el otro. Y es difícil saber quién es más culpable de los dos, por cuanto el engaño tiene en estos casos dos extremos, como si se tratara de una cuerda. Culpables ambos, ¿no es cierto?

Si no queremos ser manipulados, conozcamos a nuestro Señor y conozcámonos a nosotros mismos.

Aprendamos también a escuchar la voz de nuestra propia conciencia.

No nos aislemos, convirtiéndonos en “*llaneros solitarios*” fácilmente atacados.

Evitemos reaccionar con ira, pues eso es precisamente lo que busca nuestro manipulador para acusarnos.

No abramos nuestro corazón a cualquiera, que suele ser el “*último en llegar*”.

Escojamos siempre la dignidad antes que lo “*políticamente correcto*”.

Aprendamos a decir “*no*” y demandemos ser escuchados, no sólo escuchar.

Preguntémonos porqué queremos ser siempre “*cabecita de ratón*” antes que “*cola de león*”.

No permitamos que nadie escarbe en nuestra conciencia sobre culpas, vergüenzas, angustias o resentimientos que hayan sido cubiertos por la preciosa sangre de Cristo.

Recordemos que si alguno está en Cristo Jesús, nueva criatura es; he aquí, todas las cosas pasadas son hechas nuevas.

Los destrozos psicoafectivos producidos por quienes se han metido a escarbar conciencias, bajo el pretexto de hacer “*sanidad espiritual*”, son más que alarmantes. El número de auténticos destrozos *psicoespirituales* llevados a cabo por quienes acometen este tipo de intrusismo en el campo de la psicología es fascinante.

Perdonemos con el perdón con que nuestro Señor nos ha perdonado; y sigamos adelante.

No hay nada más contrario y opuesto a la autoridad genuina que el autoritarismo, los malos tratos y la manipulación, por cuanto el autoritarismo radica precisamente en el abuso de la autoridad.

El autoritarismo no guía, no dirige, no corrige, no enseña, no inspira, no estimula, sino que sólo ordena para su propio beneficio o para satisfacer sus deseos de autoridad.

Sus agentes están plenamente convencidos de haber sido ubicados por designio divino en una posición de servicio para mandar.

El resultado es que su “*servicio*” paradójicamente consiste en herir, dañar, lastimar, descalificar y maltratar a sus hermanos de la manera más cruel y sangrante.

Su soberbia les hace caer en el craso error de creer que su posición les habilita para mandar, les capacita para saberlo todo y para usar indefectiblemente la última palabra, definitiva, dogmática, pontifical.

Ellos mismos también viven bajo un temor que se manifiesta en su tendencia a vivir aislados, lejos de los hermanos, incluso geográficamente, por la sencilla razón de padecer un profundo miedo.

Conocemos a los que se han construido auténticos *Bunkers* al estilo de los que dicen “*prepararse par el fin del mundo*”.

Creer que todos están contra ellos y que todos pretenden arrebatárseles su posición de poder.

Guardan bajo muchas llaves todo lo adquirido, por lo que también todo suele cubrírseles con moho y terminar por pudrírseles.

En realidad son inadaptados a la vida, temerosos de todo cuanto les rodea, sufridores de un profundo complejo de inferioridad, con una etiología psíquica que les hace levantar barreras en torno a su persona, y a veces también alrededor de su familia.

Anhelan tiempos pretéritos que no han vivido en su historia personal, pero que hubieran deseado conocer, como la época del patriarcado y los clanes ancestrales, siempre que ellos hubieran ocupado la más alta posición de mando, claro está.

De ahí que traten, consciente o inconscientemente, de reproducirlos en sus vidas y en su entorno.

Los agentes del autoritarismo sólo trabajan para su propio beneficio, no para la mejora continua de los demás.

Al creerse superiores, aunque prediquen que todos los hombres nacen iguales, están convencidos de que, como decía *Abraham Lincoln*, “*todos nacen iguales, pero es la última vez que lo son*”.

Los abusadores de la autoridad espiritual se creen ungidos de una manera especial y superior a todos los demás, “*nacidos para mandar*”, para que todos les obedezcan, sin jamás tener ellos que obedecer a nadie, por cuanto ellos desconocen el sentido de la responsabilidad personal como la rendición de cuentas.

Sólo ellos ocupan el vértice de su pirámide. ¡Qué incómodo debe ser sentarse en semejante postura!

Estos abusadores suelen ser muy volubles, actuar a impulsos, depender casi exclusivamente de sus sentimientos y estados anímicos, apoyarse en quienes no les cuestionan absolutamente nada, convirtiéndose en “*sellos de caucho*” de todas sus decisiones.

Sus visiones nunca responden a la llamada de nuestro Señor al servicio, sino a la búsqueda de la grandeza.

Ampliar sus horizontes radica siempre en el engrandecimiento de su dominio.

Solamente anhelan que sus estadísticas superen a las de los demás.

En el fondo todo responde a su firme creencia en que “*unos nacieron para mandar, y otros lo hicieron para obedecer*”. Y ellos, por supuesto, pertenecen al orden del primer grupo.

Deberían leer, si no lo han hecho –creo que pocos por su falta de preparación cultural– títulos como “*Animal Farm*”, cuya versión española es “*Rebelión en la Granja*”, de *George Orwell*, y “*Brave New World*”, conocida en el mundo hispano como “*Un Mundo Feliz*”, de *Aldeus Huxley*, obras infortunadamente destinadas a la categoría de literatura infantil.

En ellas se verían fácilmente retratados, tanto los “*líderes*” como sus acólitos, *esbirros*, “*bisagras*” y “*perritos lamerones*”, hambrientos y sedientos por alcanzar el *status* de su “*líder*”, esperando siempre que caigan algunas migajas de su mesa del banquete de su señor, en forma de algún privilegio sobre los demás o algún cargo de autoridad delegada para seguir machacando a sus sumisos consiervos, en imitación de las

actitudes del jefe máximo y supremo, encabezador de todo, convencido de que no es hombre formado de lodo.

No hay una mayor falsedad ni mayor daño que pueda producirse en las relaciones interpersonales en general, y en las relaciones entre los miembros de las comunidades cristianas en particular, como estas situaciones que estamos describiendo, y muchas más que por prudencia, decoro y buen gusto optamos por no mencionar en estas páginas.

La cerrazón de estos abusadores a experimentar cambios les convierte en los mayores mentecatos imaginables, grotescos megalómanos, hambrientos de ser admirados por todos, buscadores de ocupar el primer puesto, el primer asiento, la silla presidencial, dispuestos incluso a los mayores sacrificios y renunciaciones con tal de “*salir en la foto*” al lado de otros que ocupan lugares de preeminencia, pero sin ánimo alguno para servir a nadie, sino a servirse de todos.

Al hacer estas reflexiones en voz alta no podemos por menos que recordar a alguno de nuestros políticos más recientes, grotescos personajes megalómanos, calificables, con palabras del ingenioso *Pedro Ruiz*, como “*oficinistas superpagazos*”.

Creo que todos nosotros les hemos conocido, tanto en el campo de la política como en el religioso que nos ocupa.

Todo ello responde, como es sabido, a su falta de una autoestima sólida. De ahí que precisen del constante halago, de la continua expresión de encomio y reconocimiento, de hallarse siempre en el centro de la foto y de captar todas las miradas.

Son capaces de diseñar una medalla para el primer premio y otorgársela a ellos mismos, e incluso también el accésit, ¿por qué no?

Les gustaría ser incluso el muerto en el entierro, con tal de ganar notoriedad.

Entre los llamados “*líderes*” supuestamente “*evangélicos*” que padecen de este extendido síndrome –la psicología lo conoce como “*neurosis*”– abundan los que experimentaron la falta del padre, por inexistencia, sea por muerte o cualquier otra causa, y la vivencia bajo una madre autoritaria o igualmente neurótica.

Hoy es perfectamente sabido que la “*neurosis*” tiene su raíz en la infancia, en experiencias traumáticas que no han sido resueltas, que son arrastradas durante años, y que llevan a quien padece de este síndrome a desarrollar una serie de conflictos que marcarán su manera de actuar, de sentir, de ser y de relacionarse con todos los demás en el transcurso de su vida.

Sufrieron fuertes rechazos en su pasado por diversas causas, además de haber padecido ellos mismos con frecuencia bajo el autoritarismo de un padre o de una madre, o bien por la falta de un padre, por fallecimiento temprano o cualquier otra causa de inexistencia, y el superamparo protector de una *madre gallina*.

Por eso hoy buscan la perfección, entendida como su éxito personal, y cuando no lo logran son presa de sus propias angustias y tensiones interiores, cuando no de auténticas pataletas pueriles que dejan a todos boquiabiertos ante sus decisiones instintivas.

Su horror ante la posibilidad de toda crítica, aunque ésta sea positivamente dirigida a ayudarles, les hará desplazar de su entorno a quienes no sean un constante “*amén*”.

Conocemos a algunos por nombre y apellido. No siempre son “líderes”, en cuyo caso se trata de personas que anhelan llegar a serlo y optan por dar *palos de ciego*, tocar todos los palillos, en su búsqueda por alcanzar una posición de mando sobre los demás.

Suelen ser también misóginos, lo reconozcan o no. Y lo realmente paradójico es que habitualmente, si son varones, se casan con mujeres absolutamente dominantes, aunque suelen ejercer como tales bajo una capa de ensayada sumisión; y si son mujeres escogen por maridos a hombres fáciles de domesticar y enjaular hasta dejarlos completamente desnudos y atados.

“

*La persecución no es una característica original de ninguna religión,
pero siempre se vuelve la característica más destacada de todas las
religiones establecidas por ley. ”*

Thomas Paine

¿Qué quiere decir la voz “obedecer” en las Sagradas Escrituras?

Tenemos que comenzar por hacer un poquito de estudio etimológico. Curiosamente, el término “obedecer”, tal y como aparece en el texto de Hebreos 13:17, es el griego “*peithesthe*”, cuyo sentido es “obedecer por convencimiento”, “pacificar”, “reconciliar”, “fiarse de”, “aceptar por seguridad y confianza”, “ser persuadido”. La voz, como vemos, es riquísima en matices.

En el hebreo bíblico tiene su raíz en la voz “*shemá*”, que suele traducirse a las lenguas occidentales por “escuchar” u “oír”, como por ejemplo en el conocido texto de Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel, YHVH nuestro Dios, YHVH uno es.”

Pero su sentido etimológico no es el de simplemente oír, un acto inevitable, por cuanto podemos cerrar nuestros ojos mediante la clausura de nuestros párpados, y también podemos callar al cerrar nuestros labios, pero eso no es posible hacerlo con nuestros oídos, sino que el sentido de “oír” es en este contexto “oír para obedecer”; o dicho con otras palabras, “quien ha oído es quien ha obedecido”, y “quien ha obedecido es quien verdaderamente ha oído.” Hay, pues, una concomitancia entre oír y obedecer.

Curiosamente, esa es la misma raíz de nuestro vocablo castellano “obedecer”, que aparece en nuestra lengua desde principios del siglo XIII, y que fue tomado del latín “*oboedire*”, que a su vez en la lengua latina se deriva de “*audire*”, es decir, “oír”. (“*Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*”, Joan Corominas, Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1973.).

El abusador no quiere diálogo, del griego “*dialogos*”, que es “dejarse atravesar por la palabra del interlocutor”. No cree en dialogar.

Por el contrario, el abusador cree que todos deben escucharle, por cuanto desde su imagen errónea de Dios, a quien desconoce como “*Davar*”, hebreo para “*Palabra*”, y su equivalente griego neotestamentario “*Logos*”, “*Verbo*”, está empeñado en ser igual a Dios, entiéndase por “igual” como a la imagen y semejanza monoliguista que se ha formado de Dios.

De hecho, hemos escuchado ya hace bastantes años a un famoso “líder” del movimiento evangélico español de la época, hacer esta afirmación en público: “*Dios y yo somos mayoría.*”

El Nuevo Testamento jamás implica por “obedecer” el hecho de que uno da una orden y los demás la acatan sin pensar, sin preguntar, sin inquirir, sin analizarla a la luz de las Sagradas Escrituras.

Por el contrario, la clara advertencia bíblica va dirigida a que nos aseguremos de todas las cosas cotejando las Sagradas Escrituras, como aquellos judíos de la sinagoga de Berea, en Hechos 17:10, a quienes Pablo y Silas predicaron el Evangelio de Jesucristo, y de ellos se nos dice:

“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.”

La otra voz favorita de los abusadores es “*sumisión*” o “*sujeción*”.

Crean que estos términos significan que los cristianos hemos de agachar la cabeza y hacer todo lo que mande el que luce más “*estrellas*” o “*galones*” en la bocamanga de su guerrera, pues las “*ovejas*” están bajo una cadena de mando que viene de Dios, pasa por los supervisores de la Iglesia, con nombres cada día más estrambóticos y rocambolescos, y termina en los pobres “*hermanitos*” de los bancos de las congregaciones, los que sólo están para palmotear, escuchar, obedecer y dar sus ofrendas, de las que frecuentemente no se rinden jamás cuentas a nadie.

El verbo “*someter*” aparece siete veces en el Nuevo Testamento: Dos veces se refiere a la sujeción de la esposa al esposo (sujeción en amor mutuo y recíproco, no jerárquico); una vez aparece con respecto a Dios nuestro Señor; una a las autoridades del mundo; y tres veces a los ancianos de las congregaciones.

Al examinar estas últimas citas, nos percatamos inmediatamente de que están compuestas por dos elementos, y no sólo uno, como pretenden hacer creer los abusadores, a quienes les encanta siempre citar medios versículos. Veámoslas:

1ª Corintios 16:13-18: “Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos. Todas vuestras cosas sean hechas con amor. Hermanos, ya sabéis que la familia de Estéfanos es las primicias de Acaya, y que ellos se han dedicado al servicio de los santos. Os ruego que os sujetéis a personas como ellos, y a todos los que ayudan y trabajan. Me regocijo con la venida de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, pues ellos han suplido vuestra ausencia. Porque confortaron mi espíritu y el vuestro; reconoced, pues, a tales personas.”

No hay mención a cargos, a puestos, a posiciones, a títulos, sino a *dedicación, servicio, ayuda, trabajo y consuelo*.

Esos son los componentes de la auténtica autoridad espiritual jamás impuesta de arriba abajo, según el testimonio de las Sagradas Escrituras.

El reconocimiento de esta clase de autoridad espiritual y la sujeción a ella vienen por añadidura.

No podemos obedecer ciegamente a quienes se dedican a utilizar a otros para satisfacer sus expectativas financieras y personales.

Ahora bien, al final del versículo 16, siempre saltado por los abusadores, leemos así: 1ª Corintios 16:16:

“Os ruego que os sujetéis a personas como ellos, y a todos los que ayudan y trabajan.”

“*Sujetarse*” no significa vivir bajo enfermiza sumisión, sino estar unidos a la misma cordada, como también representa el anillo matrimonial que curiosamente llamamos

alianza en castellano, como un círculo que no tiene ni principio ni fin, y que constituye una figura muy representativa del vínculo amoroso en el que la “*sujeción*” no es sumisión impositiva sino compañerismo en régimen de igualdad.

No puede haber desigualdad en el amor genuino. De ahí que el auténtico “*líder*” jamás pida que le sigamos, sino que vayamos con él, juntos, unidos, todos, unánimes, por las pisadas de nuestro Señor Jesucristo.

Un signo inequívoco de los abusadores espirituales, en base a su fraudulenta “*autoridad*” sobre los demás, es que suelen dedicar su tiempo a no hacer nada, a la pereza, a urdir planes para que otros los realicen, a no rendir cuentas de su tiempo, y mucho menos de las aportaciones económicas recibidas de los fieles.

Otra cita favorita de los abusadores, siempre fuera de su contexto, naturalmente, es Hebreos 13:17, que ya hemos visto antes:

“Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.”

El segundo elemento del versículo es el que muchos suelen pasar por alto:

La *sujeción* a los pastores no es en base a cargo, título o posición, sino que, como reza el segundo elemento: “*sujetaos a ellos porque ellos velan por vuestras almas.*”

De ahí que el autor de la Epístola a los Hebreos pida esto también:

“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.” (Hebreos 13:7).

La llamada no puede estar más clara: No se trata de obediencia en base a ostentar o detentar un cargo, sino a la consideración de la imitación del comportamiento de los pastores, su conducta y su fe.

Esos son los elementos imitables. Esa imitación, ese seguimiento, es el verdadero y auténtico fundamento de la autoridad espiritual.

La tercera cita bíblica que vamos a considerar es la amonestación dirigida a todos los miembros de la comunidad cristiana en 1ª Pedro 5:1-5:

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y TODOS, SUMISOS UNOS A OTROS, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

Este texto es usado parcialmente por quienes pretenden obtener la obediencia irreflexiva y ciega, para lo cual silencian la trascendencia de la enseñanza apostólica respecto a la *participación de los sufrimientos de Cristo*, como elemento imprescindible en la autoridad; la *renuncia a la fuerza*; a la *ganancia deshonest*a; al *señorío sobre los*

hermanos, que sólo le pertenece a Jesucristo; el *revestimiento de la humildad*, y la imprescindible *ejemplaridad en el ministerio de todos*, y muy especialmente de los *pastores* y demás responsables en la presidencia de los ministerios y las operaciones que, junto con los dones del Espíritu Santo, reparte nuestro Señor entre sus hijos e hijas.

“La razón se obedece a sí misma, pero la ignorancia se somete a todo cuanto se le dicte.”

Thomas Paine

¿Cuáles son las características esenciales de quienes ejercen autoridad espiritual genuina, frente a los abusadores, y cómo se traducen en la práctica?

Quien preside cualquier ministerio ha de tener y mantener una actitud de enaltecimiento hacia quienes trabajan con él o con ella, a través de su entrega, respeto y confianza.

De lo contrario no se abrirán canales de comunicación, entendimiento y crecimiento mutuo y recíproco.

No hay posibilidad de ministerio alguno a menos que quien lo preside o dirige se entregue a su equipo, buscando un clima de esa transparencia que sólo es posible bajo la dirección del Santo Espíritu de Dios.

Sin el respeto a cada persona es imposible edificar una relación de equipo. Y el respeto significa primero de todo que la otra persona vale exactamente igual que uno mismo, más allá de toda posición jerárquica estructuralmente determinada.

Recordemos siempre que por todos y cada uno de nosotros ha pagado Dios el mismo precio del rescate de nuestra vana manera de vivir, es decir, la sangre de Jesucristo su Hijo Unigénito.

Esto implica generar confianza, sin la cual es imposible alentar el desarrollo de las capacidades y talentos de los hermanos y hermanas.

Nadie puede desarrollar sus potencialidades en un clima de desconfianza.

Restaurar confianza es una de las labores pastorales en la que deben participar todos los miembros de los equipos de trabajo en cada comunidad cristiana.

Esto nos remite a la necesidad de desarrollar el arte de transferir y traspasar orgánicamente.

Dios nos ha concedido a los humanos señorío delegado sobre la Creación:

“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos: Llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.” (Génesis 1:28).

Por consiguiente, el hombre –varón y mujer- es lugarteniente de Dios y co-creador con el Señor, para colaborar en la construcción y conservación de la vida.

Al transferirnos facultades, Dios nos está enseñando a que nosotros también transfiramos facultades por nuestra parte a los demás.

Esto es imposible si no otorgamos a otros el ámbito de autonomía que Dios nos otorga primeramente a todos nosotros. En realidad no se trata de conceder u otorgar, sino, más bien, de reconocer.

Esto sólo es posible cuando reconocemos al otro como alguien legítimo, capaz, responsable y dotado de dones, ministerios y operaciones que ha de desarrollar desde su propia personalidad, perspectiva y estilo.

Esta transferencia no significa “*abdicación*”, y la consecuente desaparición del supervisor o mentor, sino la creación de un compañerismo por delegación en constante crecimiento y maduración.

Tampoco serviría de mucho enaltecer y traspasar responsabilidades si no existiera una actitud y un clima comunicativo.

Saber escuchar es muchísimo más importante que saber hablar.

La escucha activa o empática permite identificar y entender las necesidades y los deseos que cada persona tiene.

Y escuchar activamente significa colocarse en el lugar del otro, ver al otro de manera no amenazante, sin prejuicios y sin el filtro del “*superego*”, del “*superyo*”, que tanto daño nos procura.

Cuando el clima está saturado por la presencia del Espíritu Santo, brota y fluye el arte de encontrar la llave para abrir el cofre del tesoro del colaborador.

Estas actitudes son pilares de sustentación imprescindibles para el ejercicio de una autoridad no basada en los principios del mundo, sino en la *praxis* de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo. Jamás hallaremos mejor ejemplo que el de Jesús de Nazaret.

Nunca pasemos por alto el hecho de que nuestro Señor Jesucristo dedicó mucho trabajo y esfuerzo para el desarrollo de personalidades autoresponsables, interiormente libres y autónomas, animadas por el Espíritu Santo, de manera que pudieran trabajar juntos, alejados tanto de la dependencia infantil y enfermiza que no puede darse en los adultos, como de la falta de vínculos, dando lugar a la gestación de los conocidos como “*llaneros solitarios*”, incapacitados para trabajar en equipo, y jamás dispuestos a rendir cuentas a los demás.

Sólo de esa manera podemos generar una actitud de apertura y confianza mutua para que se vayan estableciendo vínculos espirituales dirigidos por el Santo Espíritu de Dios.

Quien quiera bendecir a otros y ser guía en cualquiera de las labores de la comunidad cristiana, deberá compenetrarse con los miembros de su equipo para procurar despertar potencialidades escondidas en cada uno de los hermanos.

La autoridad espiritual genuina, auténtica y verdadera es una fuerza creadora de compromiso, de alegría y de sentido solidario en la labor de la predicación del Evangelio de Jesucristo y en la formación permanente de todos los hermanos.

La autoridad espiritual genuina, que fluye del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor, se pone de manifiesto, entre otras maneras, en permitir y facilitar que los demás se desarrollen en sus facultades para que éstas sean fructíferas para su comunidad y el beneficio de todos cuantos la constituimos.

Para eso hemos de ser ante todo hombres y mujeres de oración, dispuestos no tanto a hacer largas plegarias –Jesús nos ha advertido que como gentiles somos muy dados a la palabrería- sino a vivir a partir de la oración.

La verdadera autoridad espiritual radica, pues, en procurar que la vida de todos crezca y se desarrolle en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, en la paz interior y en la confianza solidaria.

El abuso de poder es, por consiguiente, como enseñó *Carl Gustav Jung*, una “*inflación*” en la que bajo el supuesto “*manto de poder divino*” se atribuye a la voluntad de Dios cuanto el “*líder*” de turno precisa implementar para justificar su poder personal y satisfacer sus ansias vivas por ejercer dominio sobre los demás.

De ese modo adquieren los abusadores una aureola que les hace visibles ante los pobres cándidos como seres “*infalibles*”, de manera que ya no es menester orar y buscar humildemente la voluntad de Dios, por cuanto el “*líder*” ya la ha recibido por todos.

Con uno que piense y tome todas las decisiones, ya no es menester hacer nada más que trabajar en la colmena, de manera que las “*obreras*” sigan engordando a la “*reina*” y a los “*zánganos*”.

“Es una afrenta tratar la falsedad con complacencia.”

Thomas Paine

La Atmósfera de la Predicación en el ámbito del abuso de la Autoridad Espiritual

Los predicadores sólo podemos llegar a los hombres cuando hablamos desde nuestro propio corazón, pero eso implica que hablando desde el corazón también vamos a proyectar irremediamente nuestra propia problemática anímica, y todos se van a percatar de ello.

Esta es una realidad absolutamente constatable por parte de cada uno de los que hacemos uso de la palabra para exponer las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

Por eso es que en el ambiente del abuso de la autoridad espiritual suele darse primeramente la *predicación supermoralizante* que siempre transmite a la conciencia de los oyentes mensajes que suscitan sentimientos de culpabilidad que pueden llegar a convertirse en hondos complejos de inferioridad y personalidades profundamente dañadas, incluso de por vida.

Cuando todo se reduce a acumular sentimientos de culpabilidad, sólo se logra que los corazones se cierren cada vez más.

Esto lo hemos comprobado en las “*arengas*” y “*amonestaciones*” entregadas a los pobres hermanos en algunos centros autodenominados “*crístianos*” y aparentemente dedicados a la rehabilitación de drogodependientes, después de haber pasado toda una jornada de trabajo no remunerado para beneficio de dichos centros, entre cabezadas de sueño y cansancio, y bostezos de hambre.

Ahora bien, la transmisión de sentimientos de culpabilidad es una de las formas más sutiles de ejercer poder sobre las almas, de ahí el amplio uso que suelen hacer los abusadores de este oscuro recurso de manipulación.

El segundo elemento característico de la predicación en los ambientes en que predomina el abuso de la autoridad espiritual es lo que nosotros hemos decidido denominar *absolutización pontifical*.

El predicador proyecta la imagen de conocer a Dios por encima de todos los hermanos, con una meticulosidad que produce la impresión de que dicho predicador tiene formas y maneras, sistemas y conductos especiales para entrar en comunicación con Dios, olvidando que todas nuestras afirmaciones acerca de nuestro Señor deben compartirse con prudencia, y que tales afirmaciones son sólo un intento de acercarnos a la verdad divina.

Su apariencia, sus poses, sus miradas y sus palabras nos hacen recordar esas ilustraciones antiguas en las que se dibujaba la bendita Persona del Espíritu Santo en forma de paloma posada en el hombro de los escritores sagrados, mientras éstos escribían al dictado lo que el Señor les decía por inspiración.

El tercer elemento frecuente en dichos ambientes es la *satanización* o *demonización*, mediante la cual los predicadores del abuso de la autoridad espiritual describen siempre a los hombres como totalmente depravados, para doblegar el espíritu y la mente de sus oyentes.

Tal práctica tiene su raíz en el pesimismo y el miedo que llena la propia alma del predicador de turno.

Quienes han caído en la trampa de dedicar la predicación para demonizar deberían preguntarse siempre si nuestro Señor Jesucristo se dirigiría a sus hermanos en esos términos, si en alguna ocasión lo hizo. Basta al respecto con leer los Evangelios.

El cuarto elemento de la predicación de los abusadores de la autoridad espiritual es lo que muchos denominan la *minimización*.

Hay predicadores que quieren evitar las tres primeras tendencias, cada vez más evidentes a los ojos y oídos de más hermanos defraudados y escandalizados, pero caen en la cuarta trampa.

Presentan a Dios de forma anodina, como si fuera un abuelito bonachón que todo lo permite, que todo lo consiente y que quiere lo mejor para nosotros sin pedirnos absolutamente ningún compromiso.

La imagen divina que presentan se asemeja al *Buda feliz y sonriente* que en forma de estatua pintada con purpurina dorada se encuentra a la puerta de algunos restaurantes chinos.

Es la imagen de un repartidor de golosinas y chucherías. Así se genera la gracia barata que se vuelve libertinaje.

Aquí se olvida que *Dios es Amor*, pero también se sitúa frente a nosotros como *Aquél a quien hemos de rendir cuentas*.

Cuando se presenta a Dios minimizado, el hombre no puede crecer y desarrollarse, sino que también opta por vivir de manera minimizada, sea de manera consciente o inconsciente.

Y desde esa minimización también se puede ejercer el abuso del poder espiritual sobre los hombres, o bien mantener posiciones de aparente "*autoridad*" en el medio eclesial para procurar contentar a todos y no perder el poder que se ha recibido del "*líder*".

Efectivamente, Jesús no condena, por cuanto Él mismo nos ha dicho que "no ha sido enviado por el Padre para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él." (Juan 3:17).

En todas sus palabras y en todos sus encuentros, Jesús transmite a los hombres esperanza y seguridad.

Y esto es sin duda determinante para que entendamos que podemos y debemos desprendernos y liberarnos de todas nuestras naturales tendencias egocéntricas que nos mueven a impresionar y deslumbrar con nuestras palabras.

Dios no ha venido en Jesucristo para condenar, sino para salvar, pero esa salvación implica seguimiento de su Persona en obediencia.

Debemos estar al servicio de las palabras de Jesús, no servirnos de ellas para nuestro beneficio, para imponer nuestras ideas y criterios, para realizar piruetas exegéticas dirigidas a justificar nuestras posturas y posiciones; para, en definitiva, manipular las conciencias de los hombres.

Recordemos siempre que las respuestas a las palabras de nuestro Señor Jesucristo causaron y produjeron sorpresa, admiración, conmoción, conversión y, al mismo tiempo, esperanza en un nuevo comienzo.

“Otorguemos a cada ser humano los mismos derechos que queremos para nosotros mismos.”

Thomas Paine

Vamos a recapitular lo dicho hasta ahora:

Hasta aquí hemos dicho muchas cosas. Antes de considerar detenidamente qué es el Reino de Dios y su justicia, cuáles son las características de una comunidad cristiana no abusiva, y remitirnos a nuestro Señor Jesucristo como nuestro único modelo –además de ver algunos textos vedados a los abusadores, manipuladores de conciencias y superpastotes mediáticos- vamos a recapitular todo lo dicho hasta ahora respecto al abuso de la autoridad espiritual, o mejor dicho, de la falsa autoridad y la manipulación de las almas, antes de proseguir en nuestro estudio.

El ejercicio del abuso espiritual radica en las siguientes características fundamentales que se dan sin excepción en todos los ambientes donde impera la manipulación de las conciencias, especialmente en entornos de supuesta espiritualidad:

Autoritarismo:

“Sólo nosotros tenemos la verdad, y quien no entienda nuestra visión y la acepte no estará a salvo...”

“Fuera de nuestro sistema todos serán descarriados, rebeldes y poseídos por un mal espíritu...”

“Ninguna interpretación o aplicación de la Sagrada Escritura es válida, aparte de la del ‘líder’...”

“Sólo el “líder” piensa; a los demás les corresponde solamente obedecer...”

Paranoia espiritualizada:

“Debemos apartarnos de aquellos que no comparten nuestro sistema; de lo contrario nos contaminarán y nos perjudicarán...”

“A quienes se aparten de nosotros, Dios les quitará la bendición o la unción, por cuanto no hay bendición fuera de nuestro ámbito.”

Tácticas refinadas de humillación:

Avergonzar en público, mediante lo cual se logra que el miedo a ser expuesto se extienda, o bien se pierda algún puesto de mando en la congregación.

Error respecto a la raíz de la autoridad y de la propia verdad:

Un claro ejemplo lo hallamos en Moisés, quien demostró autoridad como alguien que había llegado a conocer a Dios de forma personal.

Sin embargo, la autoridad no era propiedad de Moisés, sino que radicaba en el hecho de que Él mostraba verazmente al pueblo lo que el Señor le había encomendado personalmente para compartir con todos.

De esto se deduce que la autoridad residía en la Verdad Revelada, no en Moisés. Recordemos igualmente la palabra apostólica:

1ª Juan 2:20, 27: “Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”

Predicación exclusivamente *moralizante*, tendencia a la *absolutización radical*, la *demonización* y la *minimización*:

Servirse de las palabras de Jesús para imponer una línea de pensamiento que facilite el abuso de la autoridad espiritual y la manipulación de las conciencias, frente a ponerse al servicio de las palabras de Jesús, para llegar así hasta los hombres, del mismo modo que Jesús llegó en su día hasta el corazón de sus oyentes.

¿Cómo podemos salir del sistema del abuso espiritual disfrazado como autoridad divina?

La salida resulta muy difícil por cuanto las heridas sufridas por las víctimas del abuso de autoridad espiritual y manipulación de las lamas no son solamente emocionales y psicológicas, sino que en las almas de las víctimas se ha sembrado un hondo temor a Dios, que no “*temor de Dios*”, por lo que todo cuanto acontece a dichas víctimas responde, según se les ha adoctrinado, porque no han sido suficientemente obedientes, o no han sido bastante bondadosos o no han sido suficientemente cristianos.

También hemos de tener en consideración la realidad de los síndromes del sadismo y del sadomasoquismo.

Del mismo modo que hay quienes gozan intensamente infringiendo castigos dolorosos a las víctimas del abuso de la autoridad espiritual, también se dan los casos, más numerosos de lo que pensamos, de quienes padecen de sadomasoquismo y disfrutan de los castigos y disciplinas a los que son sometidos en estos círculos.

Ahora bien, el fenómeno de no saber cómo salir de estos círculos sectarios tiene dos partes que hemos de considerar seriamente.

Si nos encontramos fuera de un sistema espiritualmente abusivo, seremos contemplados desde dentro del entorno sectario como enemigos abiertos del mismo. Y en segunda lugar, aunque es muy fácil penetrar en el sistema, es muy difícil salir de dicho círculo una vez que hemos entrado en él.

El fenómeno se asemeja mucho al caso de cualquier familia disfuncional. El temor radica en que si alguien intenta salir de ese ámbito familiar puede divulgar el secreto de la misma, por lo que se procurará que no se produzca tal salida.

Por otra parte, quienes sobreviven dentro de un sistema espiritual abusivo están convencidos de que su entorno es el único lugar seguro para ellos. Llega el momento en que hay miedo a la libertad. Es el caso del interno en prisión que después de muchos años de existencia sin libertad ha dejado de saber cómo vivir fuera de la cárcel.

Esa seguridad se pone en peligro cuando se entra en contacto con personas ajenas al sistema, pues en ellas se vislumbran otras maneras y esquemas de vida.

El liderazgo del sistema abusivo adoctrinará a sus víctimas haciéndolas creer que fuera del ámbito de la secta serán arrastrados lejos de la comunión con Dios, por lo que lo más prudente será siempre permanecer bajo la autoridad espiritual de los “líderes”, quienes, al fin y al cabo, son los únicos que realmente conocen la voluntad divina.

Esta situación paranoica conduce a las víctimas a convertirse en rehenes del “dios” que controla al “líder”, por cuanto la preocupación de los abusadores no radica en sus víctimas, ni en su bienestar, sino solamente en procurar evitar que éstas se asocien a personas ajenas al sistema y les revelen la realidad de lo que acontece intramuros.

Hasta tal extremo llegan las cosas que en uno de los círculos de abuso de poder espiritual que más profundamente hemos conocido se prohíbe que los chicos cursen secundaria, aduciéndose que tal cosa les contaminaría y apartaría de los caminos del Señor.

En realidad, podríamos decir que todo el tinglado se limita a la amenaza de “quédate con nosotros o Dios te castigará”, o bien “perderás la unción que sólo se halla bajo la cobertura espiritual del “líder”.

La situación no es tan distante de lo que le acontece a una mujer maltratada que no se atreve a denunciar a su esposo o compañero sentimental, que sigue sufriendo agresiones, amenazas, todo tipo de maltratos y vejaciones, pero no se atreve a abandonar su hogar por la sencilla y llana razón de no tener donde ir, donde refugiarse, donde ocultarse, o donde iniciar una nueva vida.

Resulta muy difícil de imaginar lo que puede significar encontrarse a solas bajo el sol, la luna y las estrellas. Quienes nunca hemos experimentado esa situación de hallarnos a la más completa intemperie no podemos ni siquiera imaginarlo; del mismo modo que tampoco podemos imaginar haber sentido miedo y distancia respecto a nuestros pastores, quienes, por el contrario fueron figuras emblemáticas que nos dieron acogida, amor, cariño, enseñanza, ejemplo y accesibilidad en todo momento. Su ejemplo ha sido sin duda nuestra mejor escuela.

Salir de un lugar, aunque sea abusivo, para ir a ninguna parte, al vacío más absoluto, puede ser mucho más traumático que permanecer entre amenazas, abuso de los “líderes”, sofocación de la conciencia y toda la larga lista de desmanes del sistema.

El proceso de salida del medio abusivo pasa necesariamente por la renovación de nuestra mente según el dictado del Santo Espíritu de Dios: Romanos 12:1-3:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.”

Salimos del sistema de abuso espiritual cuando entramos en el disfrute de la *libertad gloriosa de los hijos de Dios*, que nos es dada en Cristo Jesús por el Evangelio: Gálatas 5:1, 6:

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud... Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.”

Necesitamos recuperar la credibilidad, para lo cual hemos de comenzar por reconocer que tenemos problemas para confiar.

El gato que se sienta sobre la tapa de una estufa encendida nunca más volverá a sentarse sobre ella, pero probablemente tampoco se sentará jamás sobre una tapa de estufa aunque ésta esté apagada.

He aquí la razón por la que muchos tienen dificultades para volver a confiar en un sistema supuestamente espiritual, en un círculo de religión organizada, y tal vez cueste mucho comprender, asimilar y aceptar el elemento sujeción saludable que, naturalmente, ha de ser mutuo y recíproco, “*los unos a los otros en amor*”, nunca sobre el modelo piramidal en el que se desarrolla el abuso de la autoridad espiritual que a tantas almas ha dañado y continúa dañando.

Pero, por muy difícil que pueda ser la recuperación, Dios nuestro Señor es quien hace la obra en nosotros: Hechos 4:32, 34:

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común... Así que no había entre ellos ningún necesitado...”

Por otra parte, cuando pensamos en la recuperación de aquellos que han sufrido bajo el abuso de la autoridad espiritual y la manipulación de las almas, generalmente olvidamos la necesidad de la recuperación espiritual que también necesitan los abusadores.

Éstos son más duros de pelar que sus víctimas, por cuanto no es fácil reconocer haber estado abusando de las personas a su cargo durante mucho tiempo, a veces años de “*servicio*” dentro del sistema abusivo.

Aquí conviene tener presente que suele tratarse este tema del abuso de la autoridad espiritual en términos psicológicos, olvidando el aspecto netamente espiritual del asunto.

Cuando se produce el abuso de la autoridad espiritual hay algo espiritual que sufre sus consecuencias durante un tiempo que a veces puede prolongarse durante largos períodos.

El abusado no se pondrá fácilmente en manos de un consejero espiritual, en quien muy probablemente sólo verá otro posible abusador.

Incluso en el caso de la principal fuente de ayuda, Dios nuestro Señor, será difícil que la víctima abusada baje la guardia y se atreva a ponerse en las manos de nuestro Señor, por cuanto el abuso espiritual siempre daña la capacidad del hombre o de la mujer para fiarse de Dios con todo su corazón.

Al producirse el abuso dentro del contexto de una relación, la capacidad de relacionarse de la víctima habrá quedado muy dañada.

Creo que la palabra apostólica que resume el verdadero y genuino sentido de la autoridad espiritual, absolutamente distanciada del “*jerarquicismo*” que conduce al abuso espiritual, se encuentra en 1ª Tesalonicenses 5:12-24:

“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros. También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu (Santo). No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal. Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”

Y sobre todo, hermanos, mucho amor, por cuanto, como nos enseña la palabra apostólica en 1ª Pedro 4:8:

“Ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados.”

“

"El hombre no puede inventar sus principios, sino sólo descubrirlos."

Thomas Paine

Primero el Reino de Dios y su Justicia.

El centro vital de la predicación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo no fue la Iglesia, sino el Reino de Dios y su Justicia.

Por eso es que no hay ni una sola palabra en los Evangelios acerca de la Iglesia como institución organizada, puesta en las manos de los hombres, y, por lo tanto, manipulable, sino que toda la enseñanza de nuestro Divino Maestro se centra en la realidad mística del Reino de Dios, el cual, evidentemente, no puede ser manipulado.

La lectura atenta de los Evangelios, procurando distanciarnos del ámbito interpretativo eclesiástico, muestra el Reino de Dios como una revolución reconciliadora de Dios con el hombre, y del hombre con Dios, y más aún, de toda la Creación sobre el fundamento de la reconciliación que Jesucristo realiza sobre aquella Cruz del Calvario.

Esto es tan cierto que el testimonio de los Evangelios se centra radicalmente en el Reino de Dios, y no en institución alguna que dependa o se deposite en las manos de los hombres y sus intereses personales, familiares o de casta.

Entonces, surge la pregunta de qué es la Iglesia. Y aquí lo más importante como punto de partida es pararnos a pensar en la imagen que suscita en nuestra mente esta voz de “*iglesia*”.

Cuando la Sagrada Escritura nos habla de la “*Iglesia*”, como el “*Cuerpo de Jesucristo*”, es evidente que no está refiriéndose a una ni a varias congregaciones o comunidades cristianas locales, ni mucho menos a las numerosísimas “*denominaciones*” que abierta o encubiertamente inducen a los pobres fieles a creer que son la única y verdadera Iglesia de Jesucristo en el mundo, manifestando abiertamente en algunos casos creerse poseedoras de todos los signos y atributos de la verdadera Iglesia, en detrimento de todas las demás.

Creemos firmemente que el testimonio bíblico señala que la Iglesia de Cristo es la comunidad de quienes damos testimonio de la resurrección de Jesucristo y guardamos el legado de su Evangelio e intentamos vivirlo dentro del tiempo y de la historia que constituye nuestro entorno vital, buscando la dirección del Espíritu Santo, enviado por Jesucristo desde el seno del Padre para no dejarnos huérfanos hasta el Gran Día de Dios, con la Segunda Venida de Jesús el Cristo, hecho Señor y Mesías, para traer la plenitud del Reino, hoy latente y en el aquel Día Glorioso plenamente patente.

También creemos que las comunidades cristianas, que algunos denominan “*iglesias locales*”, no son sino expresiones de esa Iglesia Universal, constituida por todos los redimidos de todos los tiempos –pasados, presentes y futuros- y que solamente es visible a los ojos de Dios nuestro Señor.

Desde casi los albores de la cristiandad hubo un contingente de discípulos de Jesucristo que optaron por seguir un camino espiritual, es decir, trazado por el Santo Espíritu de Dios, mientras que pronto surgió otro contingente que infortunadamente optó por seguir el camino controlado por el Imperio Romano, que ya se encontraba en aquellos momentos en franca decadencia, y que absorbió a dicha corriente de cristianos con el fin de procurar fortalecer y perpetuarse como religión universal.

Así se convertiría la Iglesia en una institución imperial, y daría a lugar a la substitución del “César” por el “Papa”, como fácilmente puede constatar cualquiera que estudie la historia de la Iglesia, particularmente a partir del reinado de *Constantino el Grande*.

Los que se dejaron moldear por el imperio romano copiaron sus estructuras jurídico-políticas para la organización de sus comunidades desde la sede central de Roma, estableciendo un sistema jerárquico alrededor de la “*sacra potestas*”, es decir, los *poderes sagrados*.

De ese modo se establecería igualmente la distinción entre los “*ordo*” y los “*plebs*”, es decir, los “*ordenados*”, los “*togados*”, y el “*populacho*”. De esta última voz se derivaría después el término “*plebeyos*”.

Clemente de Roma emplea la voz “*laos*”, “*pueblo*”, para referirse a los “*laikoi*”, los “*laicos*”, y no al pueblo en general. También utiliza el término “*tagma*” como equivalente griego del latín “*ordo*” como “*clase togada*”, como “*clase dirigente*”.

Así fue como el sistema romano que penetró en la estructura de la Iglesia fue distanciando a ésta de la dependencia sencilla y llana de sus miembros, los unos de los otros, y todos del Señor.

Los empobrecidos de las comunidades cristianas que siguieron el modelo del imperio pasaron a depender de los enriquecidos. Igualmente, la noción del “*paterfamilias*” comenzó a aplicarse a los dirigentes de las comunidades cristianas, para después aplicarse a los obispos, una vez que se estableció el episcopado jerárquico, y a los abades en los monasterios.

Esta distinción entre “*plebs*” y “*ordo*” fue substituyendo lenta pero progresivamente el sentido original de “*Laos Theos*”, es decir, “*Pueblo de Dios*”, para convertirse en una clase inferior y subordinada cuyas implicaciones respecto a la administración del bautismo y la presidencia de la mesa memorial o “*eucaristía*”, es decir, “*acción de gracias*”, ha llegado en la mayoría de los círculos cristianos hasta nuestros días, especialmente en el sistema sacramental del catolicismo romano y en sus hijas las iglesias protestantes, particularmente las vinculadas al poder temporal, sea a la corona o al estado secular, en sus formas episcopales o reformadas.

Aquel gran sector de la cristiandad, seducida por los resplandores del imperio, como lo es en nuestros días por los fulgores de otros poderes imperiales, emprendió un camino de grandísimo riesgo, por cuanto si hay algo que nuestro Señor Jesucristo siempre rechazó fue el poder como el mundo lo entiende, lo implanta y lo impone; poder que le persiguió desde el principio de sus días entre nosotros, que le acosó, prendió, juzgó con engaño y condujo a la Cruz del Calvario.

Para nuestro Señor Jesucristo, el poder, como aparece en las tres grandes tentaciones experimentadas antes de comenzar su ministerio público –la tentación del poder

profético, del poder religioso y del poder político- cuando no es servicio sino dominación, pertenece al ámbito de lo diabólico.

Recordemos que diabólico, del griego “*diabolos*”, significa “*engañador*”, “*engañoso*”, pero con el matiz importante de referirse al “*engaño*” como “*enredo*” o “*intriga*”.

Por eso es que para Jesús de Nazaret sólo el Padre es el *Señor Eterno*, el *Padre de las Luces*, y sólo es *Maestro* el *Cristo*, el *Ungido de Dios*, y todos nosotros somos hermanos con distintas funciones y operaciones, con diversos dones, es decir, regalos del Espíritu Santo, para beneficio del Cuerpo de Jesucristo en la tierra, que es su Iglesia, columna y baluarte de la Verdad. Pero siempre y sólo hermanos, sin las distinciones jerárquicas que tanto han contaminado a la cristiandad.

Por consiguiente, y en imitación de nuestro Señor Jesucristo, toda verdadera autoridad espiritual será siempre servicio:

Lucas 22:24-30: “Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no será así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve. Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.”

Sin embargo, el camino emprendido por la cristiandad conducida por los traidores que vendieron la Iglesia al imperio, degeneró en una institución jerárquica que bajo la forma de monarquía absolutista fue robando toda participación a los laicos, es decir, a los fieles calificados de “*seglares*”, es decir, de pertenecientes al “*seculo*”, al “*siglo*”, a este mundo, separados de los “*togados*”, a semejanza del sistema clasista del imperio decadente.

Aquella Iglesia institucional, monárquica absolutista, notabilísimamente marcada por el imperio, ha llegado hasta nuestros días en un contexto de gravísima crisis de confiabilidad.

Algo mitigado parcialmente nos ha llegado también en el protestantismo, heredero subsidiario del romanismo, y fraccionado en multitud de denominaciones al estilo de los “*Reinos de Taifas*” que especialmente los españoles deberíamos conocer más a fondo para comprender una buena parte de lo que acontece en nuestro país hasta nuestros días en forma de incapacidades de convivencia; aquellos pequeños estados que surgieron tras la desintegración del *Califato de Córdoba* después de la guerra civil del año 1009 d.C., tan ignorada por los más.

Este fraccionamiento de la cristiandad siempre se ha venido desarrollando con tendencia a degenerar en pequeñas “*Romas*”, como fácilmente podemos comprobar en la actualidad.

Ocurre que cuando predomina el poder se ahuyenta el amor, por cuanto éste nunca ha procedido ni procederá de nuestras organizaciones y estructuras humanas, sino de la bendita Persona del Santo Espíritu de Dios, por cuanto el estilo organizativo de la

Iglesia jerárquica ha sido, es y será siempre burocrático, formal y frecuentemente inflexible hasta alcanzar las más elevadas cotas de crueldad.

Dentro de este tipo de estructura eclesiástica, se denomine como se denomine, y bajo maquillajes cada día más sofisticados, todo se cobra, en dinero o en especie, nada se olvida y nunca se perdona.

Prácticamente, no hay espacio para la misericordia, por cuanto la estructura humana copa el poder que va distribuyéndose entre los miembros de las familias con *pedigrí* dentro de la sutil trama del nepotismo maquillado.

Una de las pruebas la hallamos en la falta de comprensión hacia los *divorciados*, los *homoafectivos*, el enraizado *antifeminismo* en forma de celibato obligatorio que es impuesto sobre los clérigos de Roma, y la exclusión de la mujer en el ministerio pastoral en bastantes denominaciones protestantes.

A esto hemos de añadir el culto a la persona del *Papa de Roma*, dentro del sistema católico-romano, y el surgimiento de los “*ungidos*”, a los que hacíamos referencia anteriormente, en el seno del protestantismo evangélico en sus ramas más *fundamentalistas* y *carismáticas* –personalmente prefiero denominarlo “*evangelical*” para reservar el adjetivo “*evangélico*” para referirme a los relativo y referente al Evangelio-, las cuales suelen degenerar en sistemas de abuso espiritual, explotación de los más necesitados, abuso de los más débiles y dependientes, y caldo de cultivo para el desarrollo de los comedores de las casas de las viudas y demás explotadores.

En el caso del romanismo, se llega a pretender alcanzar una potestad directiva sobre toda la humanidad y su destino, como vimos recientemente en el documento del año 2000 titulado “*Dominus Jesus*”, en el que el entonces cardenal *Ratzinger*, hoy Papa, repetía la declaración medieval de que “*fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación*”, y que “*los cristianos de afuera corren un grave riesgo de perderse.*”

Mientras tanto, dentro del mosaico de las denominaciones protestantes, este mismo espíritu tan extraño a nuestro Señor Jesucristo se manifiesta vergonzosamente en el descrédito y el rechazo mutuo y recíproco de las mismas.

*“La reputación es lo que los hombres y mujeres piensan de nosotros;
pero el carácter es lo que Dios sabe de nosotros.”*

Thomas Paine

¿Cuáles son los Rasgos de la Iglesia de Jesucristo que el Espíritu Santo imprime?

Nuestra respuesta, sin dudar ni un instante ni que nos tiemble el pulso es ésta: La Iglesia de Jesucristo es aquella que vuelve humildemente a la figura del Jesús histórico, obrero sencillo, laico y profético; el hombre Jesús de Nazaret, es decir, el Verbo, quien es Dios, y se encarna en el vientre de la doncellita *Myriam*, latinizada “*María*”, y se hace trabajador en el taller de carpintería de *José*.

Millones jamás reparan en que Jesús de Nazaret fue un seglar y que su sacerdocio no fue el establecido por el sistema imperante.

Ni siquiera fue sacerdote que pudiera officiar en el Templo de Jerusalem, por cuanto para ello hubiera tenido que ser hijo varón primogénito de una familia descendiente de Aarón, de la tribu de Leví.

Jesús no fue levita, sino hijo de la tribu de Judá, a la que Dios había otorgado el centro de autoridad:

Génesis 49:10-11: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto.”

Esa es la Iglesia del Hijo encarnado e imbuido en una misión divina de dar a conocer a todos que Dios está ahí como Padre amoroso, lleno de gracia y misericordia para todos.

Ese es el Hijo Unigénito de Dios, uno con el Padre, en la unidad perfecta del Espíritu Santo, a quien el Padre Eterno no ha enviado al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.

Esa Iglesia es la dispuesta a reconocer a todas y cada una de las demás iglesias como expresiones distintas –y no olvidemos que lo “*distinto*” es lo que se distingue- de una herencia sagrada que tiene su raíces en Jesucristo y su Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios.

Esa es una Iglesia dispuesta a dialogar con todos los caminos de espiritualidad que Dios ha permitido que existan entre los hombres, por cuanto somos hechos conscientes de la realidad de las semillas del Verbo hasta el último rincón de la tierra.

Es una Iglesia que se percata de que la acción del Santo Espíritu de Dios siempre llega antes que el primero de los misioneros, por cuanto los misioneros son enviados por juntas o comités, pero el Santo Consolador es enviado por Jesucristo del Padre.

Es una Iglesia dispuesta a aprender de toda la sabiduría acumulada por la humanidad, donde el Espíritu Santo ha venido sembrando la simiente del Verbo por amor a todos los hombres de todas las procedencias y extracciones.

Esa es una Iglesia dispuesta a renunciar a todo el poder carnal y a toda la *espectacularización* de la fe, con el propósito claro de que no se convierta en mera fachada mediática, a menudo carente de toda vitalidad.

Esa Iglesia se presentará siempre como abogada y defensora de los empobrecidos y oprimidos de cualquier clase, dispuesta a sufrir persecuciones y martirios a semejanza de nuestro *Fundamento*, que no “*fundador*”, al estilo de los establecedores de organizaciones humanas, que es Jesucristo el Señor, piedra angular, principal columna y dinamizador de su Cuerpo místico en esta tierra como organismo vivo.

Esta será una Iglesia en la que los pastores o supervisores del rebaño entienden la pastoral como el ministerio, el servicio, de fortalecer la fe, la esperanza y la caridad de todos los miembros del pueblo cristiano sobre el fundamento de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, bajo la búsqueda del Espíritu Santo y su dirección.

Esta Iglesia, que nos gusta denominar “*proyecto de Jesús*”, no es un imposible para Dios, sino organismo divino encargado por el Padre Eterno a nuestro Señor Jesucristo, y que nuestro Señor y Maestro ha depositado en nuestras torpes manos recordándonos que separados de Él, nada podemos hacer.

Se trata de un organismo vivo que está dentro de nuestras posibilidades, siempre que permanezcamos en Jesús de Nazaret, a su lado, pues de lo contrario nada podremos hacer.

Dinamizada por el Santo Espíritu de Dios, la Iglesia será divina y humana a la vez, es decir, la Iglesia de Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero.

Sólo así podremos constatar que la utopía de Jesús, es decir, el Reino de Dios, es verdadera; que en Él se acerca para estar latente en nuestras vidas, y hacerse patente al final de los tiempos, en el Gran Día de Dios.

Nuestras comunidades de fe, dondequiera que nos congreguemos, serán espacios de realización de la cercanía del Reino de Dios, al cual somos convocados por el Evangelio para experimentar liberación, perdón, acogida, enseñanza y compañía del Santo Consolador, hasta el Día del Gran Encuentro en el Segundo Adviento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Preguntémonos si formamos parte de esa Iglesia y si estamos dispuestos a pagar el precio.

“La fuerza y el poder del despotismo consisten totalmente en el miedo a la resistencia.”

Thomas Paine

Jesucristo, nuestro supremo ejemplo de autoridad espiritual

En el tercer y último año de vida física de Jesús de Nazaret entre los humanos, sus discípulos percibieron en Él un nuevo y creciente sentido de urgencia. Todo parecía indicar que su tiempo se acababa.

Jesús sabía que su tiempo físico entre los hombres estaba agotándose y todavía tenía muchas cosas inconclusas, demasiadas vidas disipadas de sus hermanos que necesitaban un toque de gracia.

Jesús había mantenido un ritmo muy vigoroso, caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, enseñando en las sinagogas, liberando de malos espíritus, sanando a enfermos, fortaleciendo a muchos debilitados, predicando las Buenas Nuevas de la cercanía del Reino de los Cielos.

A todas partes donde Jesús iba con sus discípulos, lo asediaban las gentes en general y los más necesitados en particular.

Demasiadas almas heridas...

Demasiados cuerpos quebrados y enfermos...

Demasiados ojos sin vista y muchos oídos sordos...

Demasiados poseídos por malos espíritus...

La mirada de angustia de sus rostros perseguía a Jesús, dificultaba su sueño, lastimaba su corazón, y le conducía a dedicar largas horas de oración íntima con su Padre, con nuestro Padre.

Jesús no veía a los hombres como faltos de religión, sino como *“ovejas sin pastor”*...

Como hijos e hijas desconocedores de su filiación divina...

Como ignorantes de la natural correspondencia con Aquél que nos enseña a llamar a Dios *“Padre nuestro”*.

Pero nuestro Señor Jesucristo nunca tuvo que hacerse propaganda para que le siguieran.

Un día, mientras Jesús y sus discípulos caminaban hacia un pueblo de Galilea, pasaron delante de un trigal que la brisa ondulaba y hacia brillar como oro pálido.

Jesús les dijo que la mies estaba lista para la siega, pero que faltaban obreros, por cuanto la cosecha que Jesús buscaba no era el trigo de aquel campo, sino las gentes del pueblo que estaba frente a ellos.

Jesús les encomendó que fueran tras las ovejas perdidas de Israel, que les anunciaran la cercanía del Reino de Dios...

Que liberaran a los oprimidos, sanaran a los enfermos, y fueran sabios, por cuanto les estaba enviando como a ovejas en medio de lobos, por lo que tendrían que ser cautos como las serpientes y sencillos como las palomas.

Sobre todo les insistió mucho en que si de gracia habían recibido, igualmente de gracia debían dar.

Nosotros llevamos mucho tiempo predicando a las iglesias y sus denominaciones; es nuestra miope visión, pero Jesús predicaba el Reino de Dios.

Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos se ha acercado.”

Escogió Jesús a unos pocos con quienes compartir su visión, hombres de perfiles muy diversos, algunos incluso marginados de la sociedad, otros pescadores rudos y sin formación académica...

Sin duda, hombres que nosotros jamás hubiéramos escogido para tan magna empresa como la que Jesús les encomendaría.

Uno, al menos, *zelote*, agitador de un partido político extremista, y otro un *publicano*, es decir, un cobrador de impuestos para el imperio invasor, un traidor a los ojos de todo el pueblo.

Ninguno de ellos podía presentar un currículo impresionante a los ojos de nadie.

Jesús escogió a un grupo de hombres, además de las mujeres que le seguían y servían de sus bienes, sin que ninguno de ellos estuviera a la altura de la empresa que les iba a encomendar.

Los sacó de sus zonas de comodidad para hacerlos pasar por un crisol en el que sus perfiles, temperamentos y personalidades tendrían que moldearse y transformarse espiritual y socialmente.

Jesús invirtió mucho tiempo y esfuerzo en todos ellos, pero no ejercitó ningún abuso de autoridad espiritual, sino cariño, entrega, amor, comprensión y muchas dosis de paciencia.

Recordemos a uno de ellos en particular, el pescador Simón, a quien le cambió su nombre por el de “*Pedro*”, “*pedra*”, un “*fragmento de la roca*”.

Pero cuando leemos la historia de Pedro, fácilmente descubrimos que Pedro fue todo menos una “*pedra*”:

Voluble, inconstante, impulsivo, dispuesto a dar la vida por Jesús, y al poco tiempo negándole acobardado ante una mujer.

Jesús nos enseña que la verdadera autoridad consiste en el servicio, sin ninguna relación con la autoridad como el mundo la entiende.

Podemos revisar las Sagradas Escrituras de arriba abajo y de abajo arriba, y jamás encontraremos las voces “líder” ni “liderazgo”, dos anglicismos que por años se emplearon sólo en el campo de la política y después en el de los negocios, y que nosotros las empleamos aquí solamente para referirnos a los círculos abusivos y su entorno donde su utilización es más que frecuente.

Algunos que peinamos canas, como un servidor, jamás escuchamos ni empleamos semejantes términos cuando conocimos el Evangelio hace ya casi cuarenta y cuatro años.

En aquellos días conocimos a pastores, obreros y obreras, siervos y siervas, sin tantos títulos, a veces estrambóticos y rimbombantes, que nos hacen recordar las palabras de nuestro bendito Salvador en el Evangelio de Juan 5:44, donde nos dice así:

“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”

Nuestro bendito Salvador nunca se enfocó, ni se enfoca ni da por sentado lo que una persona es, sino en lo que una persona puede llegar a ser. No nos llama por ser especiales, sino para que lo seamos, siguiendo su ejemplo de entrega por los demás.

Cuando Marisol, mi esposa, y yo conocimos el Evangelio de Jesucristo, no hallamos “líderes”, ni expertos en organización, ni “*super-estrellas mediáticas*”, sino hombres y mujeres en quienes pudimos confiar...

Nos prepararon amorosamente, nos inspiraron, nos fortalecieron y nos motivaron para seguir adelante, hasta el día de hoy.

No vimos en ellos altanería, sino humildad, sencillez, integridad, honestidad, lealtad.

No eran perfectos, como tampoco lo somos nosotros, pero se podía sentir que habían estado con Jesús.

Jamás intentaron abusar espiritualmente de nosotros, sino todo lo contrario.

Por eso despertaron en nosotros el deseo de parecernos a ellos.

Con el tiempo, delegaron en nosotros asumiendo el riesgo de que no hiciéramos las cosas bien.

Y, efectivamente, cometimos muchos errores y caímos en muchos fracasos, particularmente por querer correr por delante de nuestro Señor, olvidando que Él nos ha pedido que le sigamos, que vayamos en *pos de Él*, es decir, detrás.

El resultado de Jesús con aquellos primeros discípulos fue extraordinario, y aquellos regresaron más que emocionados, y le contaron a Jesús lo que les había acontecido:

Lucas 10:17: “Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.”

Sin embargo, Jesús les recordó que había algo infinitamente más glorioso e importante para la vida de sus discípulos amados:

Lucas 10:20: “Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.”

Por encima de todo, Jesús trató de preparar a sus discípulos para que no fueran siempre niños, excepto en malicia, sino discípulos maduros, confiados y dignos de confianza.

Por eso es que la “*autoridad*” como Jesús la vive, la enseña y nos la confiere, no tiene nada que ver con los conceptos mundanos que tristemente han penetrado en muchos círculos cristianos hasta nuestros días, desarrollando fórmulas de autoridad espiritual abusiva y escandalosa.

Cuando contemplamos a Jesús, tal como lo presentan los Evangelios, vemos cuatro aspectos concretos que nos maravillan:

Primeramente, cuando Jesús hace acto de presencia, Él está sencillamente ahí, y está con toda su fuerza, sin imposición alguna.

No tiene que recurrir a revestirse con ropas de autoridad para demostrar su superioridad al auditorio.

En segundo lugar, Jesús es interiormente libre, y así quiere que los seamos sus discípulos. Por eso nos ha dicho contundentemente:

“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:32).

Jesús es libre porque no pone su “*ego*”, su “*yo*”, siempre en el centro.

Dinero, fama, nombre, reputación, no inciden en la vida de nuestro Señor y Maestro en absoluto.

En tercer lugar, Jesús no es políticamente correcto: No toma en consideración el efecto que puedan ocasionar sus palabras en los que son tenidos por poderosos que detentan la autoridad:

Recordemos las palabras de reconocimiento de los discípulos de los fariseos en Mateo 22:16:

“Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres.”

Jesús irradia pureza y originalidad, por cuanto está enraizado en Dios, siendo, como es, el Verbo Encarnado, Dios con nosotros, “*Uno*” con el Padre, en la perfecta y amorosa unidad del Espíritu Santo.

Jesús no se deja sobornar, ni adular, ni intimidar, ni apabullar por nadie.

Esos tres aspectos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo le muestran como Dios y como Hombre auténtico que dice lo que piensa, que se presenta lleno de fuerza interior, de lozanía insuperable, y que a nadie, absolutamente a nadie, puede dejar indiferente.

Pero hay un cuarto aspecto que sobresale por encima de todos los demás: La mansedumbre y la humildad del Señor y Maestro:

Mateo 11:28-30: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”

Esta enseñanza de nuestro Señor Jesucristo debería bastar para descubrir a todos los abusadores espirituales de cualquier condición y calaña, por muy escudados que se hallen bajo el nombre de Jesucristo o a expensas del Evangelio.

La autoridad espiritual que Jesús nos muestra, que Él mismo vive, y nos propone a nosotros, no tiene nada que ver con el sectarismo religioso, seguido de cualquier apellido, comprendido el de “*cristiano*”.

La autoridad de Jesús es claridad, transparencia, generosidad, altruismo y humildad sincera.

Por eso Jesús no entró en discusión con hombres profesantes de otras religiones, por cuanto Él no vino para establecer una religión, ni siquiera una religión mejor.

Podemos afirmar que el ámbito religioso, al menos en cuanto a religión organizada, quedaba fuera de su propósito y competencia.

Jesús mismo nos ha dicho en el Evangelio de Mateo 18:11 que “el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido.”

La autoridad de Jesucristo radica en abrirnos a nosotros el camino para experimentar la paternidad de Dios junto a su Hijo Unigénito y bajo la unción del Santo Espíritu Consolador.

Y de ese modo experimentar la salvación, no como algo filosófico y abstracto, sino como el sentirnos hijos e hijas queridos, miembros de la familia de Dios, lo cual nos constituye también en deudores a todos los hombres que viven en ese desconocimiento.

Desgraciadamente, los cristianos hemos identificado a menudo el Reino de Dios con la Iglesia como organización humana, y semejante error nos ha hecho caer en las redes de los abusadores espirituales.

Esa nefasta identificación representa una patología y una degeneración, por cuanto el medio siempre termina por mediatizar y convertirse en fin.

Inconscientemente, en lugar de presentarse como camino de salvación, la Iglesia a menudo se ha presentado y sigue presentándose erróneamente como la propia salvación, como si la imagen del pan fuese el mismo pan.

Pero la mejor fotografía del agua no logrará jamás satisfacer la sed de nadie.

Las autoridades eclesiásticas suelen caer en el error de exigir reverencia y obediencia absoluta a los empobrecidos mentales, y semejante tropelía es llevada a cabo tanto por las instituciones tenidas como sectarias como por las iglesias que se autoproclaman ortodoxas, olvidando que semejante obediencia sólo le corresponde a nuestro Señor Jesucristo, el único Señor de su Iglesia ganada al precio de su propia sangre.

Jesús nos ha comparado a una luz prendida sobre un almud para iluminar toda la casa.

Como parte de la Iglesia de Jesucristo en el mundo debemos ser como una vela encendida: Lo que ilumina es la llama, no la vela.

La vela sólo es el soporte para que arda la llama, irradiando luz y calor.

La vela es la Iglesia, y la llama es Jesucristo y su experiencia por el Espíritu Santo.

Jesús nos ha explicado y ordenado en Mateo 23:8-12 cómo ha de ser nuestra relación:

“Pero vosotros no queráis que os llamen “Rabí” (es decir, “Maestro mío”); porque uno es vuestro Maestro, el Cristo (es decir, el “Mesías”, el “Ungido”), y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis “Padre vuestro” a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados “Maestros”; porque uno es vuestro “Maestro”, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.”

Cuando nuestra religiosidad, seguida de cualquier apellido, sólo son ritos y símbolos del mercado religioso, de la feria de las vanidades, y fría estructuración administrativa, sin transformación interior, sin compromiso por la justicia, la paz y la integridad, entonces esa religiosidad se convierte indefectiblemente en un mero fetiche idolátrico del que hemos de desprendernos urgentemente antes de que nos devore.

“Cuando los hombres ceden su privilegio de pensar, el último rayo de libertad se oculta tras el horizonte.”

Thomas Paine

¿Cómo detectar fácilmente los síntomas de los ministerios abusivos y las tendencias hacia la manipulación de las conciencias?

Como muchos hemos podido constatar, un “líder” tenido por carismático inicia su ministerio en obediencia y servidumbre a nuestro Señor y en amor a sus hermanos. Pero en la medida en que su ministerio avanza, se desarrolla y crece, comienza el deslizamiento lento pero progresivo hacia la arrogancia, el orgullo, la soberbia y el proteccionismo.

Naturalmente, esto no es siempre así, sino que a veces es incluso peor. Pero gracias sean dadas a Dios por los muchos casos que esto no acontece de semejante forma.

Sin embargo, el número de ocasiones en que tristemente esto es lo que sucede, es cada día más abundante y frecuente.

Este proteccionismo se desarrolla mediante la formación de un “grupo de trabajo” constituido por acólitos que no se cuestionan ninguna de las ordenes e instrucciones del “líder” que ha provocado en ellos una gran admiración hacia su persona, generalmente en base a anhelar ser ellos mismos semejantes al admirado y haber recibido alguna encomienda o parcela de autoridad con la que se sienten estimulados, encomiados y alagados.

El clima que describimos presenta siempre el aroma del “líder” que hace creer a todos que él es la pieza clave del *puzzle*, la piedra angular que mantiene toda la estructura bien unida y estable, sin la cual se produciría de inmediato el derrumbamiento y el caos.

En esta situación es imposible que pueda darse un discipulado personal de crecimiento espiritual y madurez en la fe. La dependencia del “líder” es absoluta y constante. No se puede comprar ni siquiera una caja de clips para la oficina sin su consentimiento.

Uno de los primeros síntomas que se manifiestan en los “líderes” de los llamados “ministerios” con tendencia al abuso de la autoridad espiritual y la manipulación de las conciencias es su visión distorsionada del respeto que todo ser humano merece.

A esto hemos de añadir que respecto a ellos mismos parecen desconocer que el respeto es un reconocimiento otorgado por los demás, no algo impositivo, y que, por consiguiente, ha de ser ganado mediante un testimonio claro y limpio, una conducta recta y una trayectoria de vida honrada. Aquí es importante tener en cuenta no sólo a los miembros de la camarilla dirigente, sino también el testimonio de los de afuera del círculo.

Quizá el siguiente síntoma en orden cronológico y de importancia sea la exigencia de lealtad absoluta e inquebrantable al “líder”, como sinónimo evidencial de la lealtad al propio Jesucristo, por lo que cualquier sencillo matiz de discrepancia o visión personal se interpreta como un acto de deslealtad e incluso de traición equiparable a la blasfemia, al abandono de la fe o a la apostasía.

El exclusivismo es también un signo de desviación hacia la implantación de normas abusivas, considerando siempre que todos los demás están equivocados en su teología, en su manera de estructurarse y organizarse. Solamente en el “líder” puede hallarse la ortodoxia. Todo lo demás queda completamente descartado.

Siempre, tarde o temprano, el sistema abusivo degenera hacia la creación de un entorno de vergüenza y temor. En algunos casos extremos, llega a degenerar en auténtico terror. La gracia se considera solamente operativa para quienes viven dentro de las expectativas del “líder” en cuestión.

Por consiguiente, quien comete un error grave o un pecado, es expuesto y avergonzado públicamente, con lo que el “líder” logra la sumisión y cautividad de su víctima bajo un juego psicológico de temor que facilita la manipulación de la misma a su antojo.

Cuando, por el contrario, es el “líder” quien cae en error craso, contradicción o pecado, los elementos proteccionistas entran en rápida acción procediendo a aludir constantemente a no “tocar a los ungidos de Dios”, a “no presentar acusaciones contra los ancianos”, y a “silenciar todo cuestionamiento de la impecabilidad del abusador”, profundamente convencido de que todos le deben explicación de todas las cosas, mientras que él no tiene necesidad de dar explicaciones de nada a nadie.

La obstaculización de toda crítica constructiva se logra mediante el desprestigio o la acusación de ser enemigos cuantos aporten ideas sobre posibles cambios que desagraden al “líder” o atenten contra sus privilegios.

Otro marcado síntoma de caer en picado hacia un sistema abusivo de falsa autoridad espiritual es la dedicación a mantener los signos externos de la espiritualidad, pero rechazar lo auténtica y genuinamente espiritual según las Sagradas Escrituras.

La apariencia de la piedad se cuidará con esmero, pero la eficacia de la misma se negará de continuo. De ahí la importancia de la normativa respecto a cosas tales como el atuendo, el lenguaje, las maneras y el estilo de vida en general.

Otro claro síntoma de las tendencias abusivas se manifiesta en la creación de un círculo íntimo y cerrado en torno al “líder”, al que nadie puede acceder desde afuera, si bien muchos se esfuerzan y luchan por ganar méritos que les hagan dignos acreedores de penetrar en él.

En las etapas más elevadas de estos sistemas abusivos se llega a desarrollar una exigencia de servilismo sobre los seguidores, que pueden llegar a pasar penurias y carencias, mientras el “líder” y sus acólitos viven en medio de la superabundancia e incluso caen en extravagancias que justifican como privilegios concedidos por el Señor en recompensa a su trabajo y dedicación.

Muchos de quienes hemos podido constatar estos abusos hemos guardado silencio por temor a escandalizar a hermanos sencillos cuya fe pudiera verse afectada ante semejantes deformaciones de la fe cristiana.

Creo que hemos obrado mal. Por eso hemos optado por escribir estas páginas y presentarlas a quienes las quieran leer, si bien no tenemos mucha confianza en que puedan llegar a las manos de los más afectados.

“Un ejército de principios puede penetrar donde nunca podrá hacerlo un ejército de soldados.”

Thomas Paine

Textos bíblicos acerca del abuso del poder y la altivez.

Son muchas las citas de las Sagradas Escrituras que podríamos aportar. Baste con algunos ejemplos que nos parecen ser de los más significativos al respecto de lo que venimos estudiando:

1ª Pedro 5:1-4: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.”

Serían más que suficientes estas palabras apostólicas para comprender que el abuso espiritual no puede hallar lugar entre las filas cristianas.

Lo mismo encontramos en los escritos del Apóstol Juan. Veamos un nítido ejemplo:

3ª Juan 9-10: “Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia.”

Es evidente que los casos de abuso espiritual, altivez y manipulación de las conciencias no es un fenómeno nacido ayer, sino que, siendo como es obra de la condición humana caída, nos llega de antiguo.

Veamos algunas de las advertencias que hallamos en las Sagradas Escrituras, comenzando por un claro texto en el libro de los Proverbios:

Proverbios 6:16-19: “Seis cosas aborrece YHVH, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos.”

En el libro del Patriarca Job, uno de los escritos más antiguos de la Biblia, hallamos esta referencia en la que vemos el pago de la altivez y el destino final de quienes practican semejante actitud:

Job 20:4-8: “¿No sabes esto, que así fue siempre, desde el tiempo que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alegría de los malos es breve, y el gozo del impío por un

momento? Aunque subiere su altivez hasta el cielo, y su cabeza tocara las nubes, como su estiércol, perecerá para siempre; los que le hubieren visto dirán: ¿Qué hay de él? Como sueño volará, y no será hallado, y se disipará como visión nocturna.”

Volvemos ahora a los libros de los Salmos y de los Proverbios:

Salmo 10:4: “El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos.”

Salmo 18:27: “Porque tú salvarás al pueblo afligido, y humillarás los ojos altivos.”

Salmo 138:6: “Porque YHVH es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos.”

Proverbios 16:5: “Abominación es a YHVH todo altivo de corazón; ciertamente no quedará impune.”

Proverbios 16:18-19: “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu. Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios.”

Proverbios 21:4: “Alticez de ojos, y orgullo de corazón, y pensamiento de impíos, son pecado.”

Proverbios 28:25: “El altivo de ánimo suscita contiendas; mas el que confía en YHVH prosperará.”

La misma enseñanza hallamos en los escritos proféticos del Antiguo Testamento:

Isaías 2:11, 17: “La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y YHVH solo será exaltado en aquel día.”

Jeremías 9:23-24: “Así dijo YHVH: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: En entenderme y conocerme, que yo soy YHVH, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice YHVH.”

Daniel 4:37: “Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.”

Entramos ahora en el Nuevo Testamento para encontrar las mismas enseñanzas respecto a quienes se ensalzan por encima de sus hermanos. Comenzaremos por las palabras de nuestro Señor Jesucristo, para seguir después por las enseñanzas apostólicas:

Mateo 20:25-28: “Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor (‘diakonos’, ‘servidor a la mesa’), y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo (‘doulos’, ‘esclavo de más baja condición’); como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Lucas 18:14: “Cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.” (Mateo 23:12; Lucas 14:11).

Romanos 12:16: “Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.”

Santiago 4:6: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

Santiago 4:16: “Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala.”

Todos los seres humanos tenemos una misma jerarquía por cuanto todos valemos lo mismo delante de los ojos de Dios, quien ejerce mayor ocupación para con sus hijos e hijas más vulnerables y necesitados.

Todos somos hijos de un mismo Padre, y todos somos pecadores llamados por la misericordia divina a la experiencia de la redención que Dios nos ofrece en su Hijo Jesucristo, el Hermano Mayor que se ha entregado en rescate por todos nosotros, para cumplir de ese modo la voluntad perfecta del Padre Eterno.

La naturaleza común de todos los seres humanos muestra inequívocamente que no existen diferencias esenciales entre los hombres y mujeres de la tierra.

De ahí que nosotros estemos plenamente convencidos de que queda excluida toda justificación para el establecimiento de relaciones sociales y religiosas de naturaleza jerárquica impositiva, y mucho menos explotadora.

Del mismo modo, creemos que la hermandad universal excluye también todo tipo de nacionalismos impregnados de sangre, como sus banderas erigidas por los inventores de las patrias para justificar sus privilegios, al coste de llevar a la guerra a los hombres envenenados para olvidar la innegable realidad de dicha hermandad universal.

De ahí que durante los primeros años de la comunidad cristiana, antes de que ésta degenerara en iglesia institucionalizada, ningún cristiano levantó armas contra ningún hombre, ni fue a matar hermanos en nombre de una “*patria*” inventada por la superestructura para justificar los derramamientos de sangre en aras de instituciones tras las que se parapetaba y sigue parapetándose el poder explotador de los jercas de todo tipo, condición y naturaleza.

Por el contrario, todas las diferencias artificiales, basadas en criterios religiosos, filosóficos y políticos, sólo han servido y sirven para impedir el amor universal preconizado por nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Antes bien, semejantes diferencias sólo responden al intento por justificar la lucha del hombre por el hombre, mediante clasificaciones y divisiones en virtud de conceptos absolutamente carentes de fundamento en el Evangelio de Jesucristo.

Todas las actitudes de altivez, orgullo, soberbia, prepotencia, abuso de autoridad y manipulación de las conciencias quedan absolutamente excluidas de toda comunidad cristiana que se someta a las enseñanzas de Jesús de Nazaret según los Evangelios y el testimonio de las primeras comunidades cristianas.

Para que llegara a darse tanto derramamiento de sangre en tantas guerras religiosas devastadoras, además de las cruzadas, es decir, las “*guerras santas*”, como es el caso

de la todavía reciente “*guerra civil española*”, declarada “*cruzada de liberación*” por el siniestro *vaticanismo*, así como de las hogueras inquisitoriales, la justificación de la existencia de los empobrecidos y los enriquecidos dentro de las filas cristianas, y la estructuración jerarquizada de las iglesias institucionales, fue primeramente necesario que se produjera el maridaje de la iglesia con el estado secular, la fusión de la cruz con la espada y del altar con el trono, siempre bajo la hegemonía de la religión organizada.

Aquellos siglos de abierto maridaje entre el cristianismo estructurado y el estado secular –insistimos en que hoy está más oculto a la vista del común de los mortales- fueron la época de mayor violencia en la historia de Occidente, cuando en el nombre de Dios se procedió a la tortura y muerte de miles de hombres y mujeres por parte del denominado “*Santo Oficio de la Inquisición*”.

Muchas de aquellas víctimas fueron mujeres falsamente acusadas de practicar la brujería para evitar que accedieran al ministerio cristiano.

Naturalmente, el cristianismo organizado e institucionalizado en forma de poder terrenal, como llegó a ser en el caso de los *Estados Pontificios*, olvidando hasta el día de hoy que Jesús de Nazaret manifestó clarísimamente que “*su Reino no era de este mundo*” (Juan 18:36), fue perdiendo gradualmente todo vestigio de genuina espiritualidad. Por supuesto, creemos que Dios preservó siempre un remanente, un resto fiel a Dios y su Palabra.

El resultado fue, entre otros, la pérdida de todos los auténticos rasgos carismáticos de la cristiandad naciente, es decir, la presencia del Espíritu Santo y su repartición de dones, ministerios y operaciones, especialmente en todos sus aspectos proféticos, transformándose de ese modo en organizaciones presididas por burócratas de las cosas supuestamente sagradas.

El infantilismo de la fe reducida a subordinación jerarquizada cerró el paso a la creatividad propia de la bendita Persona del Espíritu Santo sofocando su voz, para reducir a la cristiandad organizada al nivel mediocre de la obediencia a los jefes superiores.

De ese modo, las instituciones religiosas, comprendidas las autodenominadas “cristianas”, se fueron convirtiendo, en palabras de *Leonardo Boff*, en “*túmulo del Dios vivo*”.

Creo que una mirada detenida a un tablero de ajedrez nos ayudaría a comprender muchas cosas que de lo contrario van a pasarnos inadvertidas.

Así fue como los poderes fácticos entraron a dirigir, abiertamente o desde las sombras, en las iglesias y demás organizaciones cristianas bajo la hegemonía de éstas.

Hubo épocas –hoy todo está mucho más oculto y maquillado- en que el cristianismo organizado llegó a alcanzar poderes absolutos en todos los órdenes, como, por ejemplo, reinando, gobernando, legislando, poniendo y deponiendo monarcas, usurpando todos los planos de autoridad, y promoviendo las guerras más crueles para después imponer pacificaciones condicionadas que procuraran llenar sus arcas, aumentar su patrimonio e incrementar su poder.

“En tiempos de las bárbaras naciones

colgaban de las cruces los ladrones;
pero ahora, en el siglo de las luces,
del pecho del ladrón cuelgan las cruces.”

Estos pensamientos me traen al recuerdo palabras del hermano Oscar Romero, cuando afirmaba que los soldados tenían libertad de elegir no matar a nadie a favor de Dios, y que estaban excusados de no obedecer a general alguno que les diera órdenes de lo contrario.

Naturalmente, Romero sería asesinado por paramilitares mientras oficiaba en su comunidad cristiana. Era de esperar que así ocurriera, mientras la oligarquía criolla, los militares y todos los componentes del poder establecido miraban en otra dirección.

Nuestro Señor Jesucristo, al sanar a los enfermos y desvalidos, nos ha dejado un ejemplo imborrable de cómo ha de ser nuestro comportamiento ante las necesidades de nuestros semejantes, más allá de todo afán por el lucro y la dominación, sino siempre en respuesta al supremo mandamiento:

Juan 15:9-10, 12-15, 17:

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor... Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer... Esto os mando: Que os améis unos a otros.”

Juan 17:22-23: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Cualquier observador se percata inmediatamente de que la vida de las primeras comunidades cristianas muestra un estilo comunitario distanciado tanto del extremo colectivista en el que se pretende borrar todo rasgo distintivo de la personalidad humana, como del individualista que permite la insolidaridad y la más fácil explotación de los hombres.

Aquellas primeras comunidades cristianas mostraron un estilo de vida en el que se practicaba la solidaridad y el compromiso de los unos con los otros, de la buena fe y la confianza fraternales.

Creemos en la imperativa necesidad de volver a Jesús de Nazaret para encontrar en sus enseñanzas la respuesta que nuestra humanidad necesita, cuando nuestro mundo está atravesando una crisis económica que finalmente nos ha alcanzado a los explotadores del denominado “*Tercer Mundo*”, en el que mueren cuarenta mil niños de hambruna y sus consecuencias todos los días.

Esa “*crisis*” no lo ha sido para nosotros mientras la hemos contemplado de lejos, a gran distancia de nuestras sociedades, y tan sólo hemos comenzado a percatarnos de ella cuando ha tocado nuestros bolsillos.

Esa “*crisis*” precipitada por el afán por el lucro y la dominación, por la avaricia salvaje del sistema actual capitalista, suavizado con el eufemismo de “*neoliberal*”, del que participa y ayuda a sostener la religión organizada, comprendido el cristianismo institucional, ha sumido al hombre en un pozo oscuro tanto en lo moral como en lo ético y lo espiritual. No podía ser de otra manera.

Los llamados “*liderazgos*” de todos los sectores dominantes del cristianismo organizado simplemente han seguido este modelo, del mismo modo que pasados los albores de la cristiandad naciente lo hiciera el gran contingente que optó por seguir el modelo del imperio romano.

*“El Reino de Dios quiere estar en la tierra como está en los Cielos,
pero hay poderes sociopolíticos y religiosos que se lo impiden.”*

Joaquín Yebra.

Los textos sobre los que ni los “líderes” abusadores de autoridad espiritual, ni los manipuladores de conciencias, ni los evangelistas y pastores-estrella defensores del sistema imperante, jamás predicarán.

Los textos que vamos a ver a continuación están vedados para quienes usan el Evangelio de Jesucristo como pretexto para explotar o justificar la explotación de los hombres más vulnerables o empobrecidos, por parte de quienes se sirven de las Sagradas Escrituras para justificar sus pretensiones o defender un sistema vergonzoso basado en afán por el lucro y la dominación.

Estos vendedores de un “*evangelio*” espurio, predicadores del “*evangelio de la prosperidad*”, auténtico engaño de los más frágiles mentales, cuya meta es simple y llanamente su propia prosperidad basada en la explotación de los más fácilmente domesticables, nunca jamás harán alusión a los textos que vamos a ver a continuación. Sus razones para no hacerlo son más que evidentes.

Vamos a comenzar viendo las palabras de nuestro Señor Jesucristo, para entrar después en las enseñanzas apostólicas:

Mateo 8:20: “Jesús les dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.”

Los abusadores de la autoridad espiritual y manipuladores de las conciencias viajan en clase “*Business*” y se alojan en hoteles de cinco estrellas. Sus “nidos” y “guaridas” son grandes y confortables. Esto último de “*guaridas*” no puede por menos que hacernos recordar el cuento de “*Alí Babá y los Cuarenta Ladrones*”. Bueno, en este caso creemos que el número “*cuarenta*” se queda bastante corto.

Mateo 13:22: “El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.”

Estos comerciantes de la religión organizada extraen el fruto de la Santa Palabra de Dios por su afán por el lucro y la ceguera que les produce el engaño de las riquezas.

Su dedicación a sus empresas no les permite ya reparar en la situación de un hermano necesitado de pastoreo. Mientras tanto, sus “*pastores*” nombrados “*a dedo*”, frecuentemente por quienes a su vez también fueron nombrados de semejante guisa -no ordenados según lo enseñado en el Nuevo Testamento-, sino frecuentemente bajo el más abyecto nepotismo, se dedican a la supervisión y administración de sus empresas.

Marcos 10:23: “Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”

Estos magnates, o aspirantes a serlo, justificarán siempre el sistema imperante, pues su anhelo es utilizarlo como plataforma para encumbrarse sobre los demás.

Marcos 14:7: “Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis.”

Los manipuladores de conciencias y abusadores, en parte por su ignorancia supina, y sobre todo porque el malentendido de estas palabras de nuestro Señor Jesucristo les conviene para sus propósitos, silencian la realidad que subyace a este texto, en cuyo original griego no se nos dice que *a los empobrecidos siempre los tendremos entre nosotros*, como si la pobreza fuera una condición irremediable e incambiable, sino que el original dice así: “*pántote gàr toùs ptojoùs éjete met eauton*”, es decir, “*siempre a los pobres tenéis con vosotros.*”

“*Tenéis*” significa que en todo momento, tan pronto haya disposición para hacerlo, podremos poner fin a la pobreza, podremos “*hacerles bien*”, mientras que si el traductor opta por verter “*tenéis*” por “*tendréis*”, esto implicaría que la condición de pobreza sería irremediable, hagamos lo que hagamos, que es precisamente lo que los “*líderes*” del sistema imperante y sus acólitos beneficiarios pretenden que creamos.

De esa manera, a lo más que podemos aspirar es al *samaritanismo cristiano* que jamás se cuestiona la necesidad de cambiar las estructuras de poder, sea en las pequeñas “*babilonias*” como en las grandes.

Lucas 6:20: “Y alzando sus ojos hacia sus discípulos, (Jesús) decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.”

Los artífices de las piruetas exegéticas, aunque carentes de los conocimientos lingüísticos y teológicos precisos para analizar los textos, proceden a espiritualizar este y otros pasajes de las Sagradas Escrituras para justificar la perpetuación de la pobreza de los demás, mientras ellos se refugian en sus “*Bunkers*”, inventan su propio sistema económico, calificándolo de perteneciente al “*Reino*”, entiéndase de “*su reino*”, y prosiguen engañando a los más vulnerables, explotando a los muchos que no tienen otra salida, y comiéndose las casas de las viudas, de los viudos, y de todo aquel que se ponga a tiro, como crápulas insaciables.

Lucas 16:13: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (griego: ‘Mamón’).”

Por muchos esfuerzos que realicen las organizaciones religiosas de cualquier género, la acumulación de riqueza y poder será siempre incompatible con el principio evangélico que se desprende de estas palabras de nuestro Señor Jesucristo.

Por tanto, jamás escucharemos una predicación sobre este texto de parte de los abusadores y manipuladores, a menos que se lo apliquen a los demás, y ellos queden parapetados tras sus escudos protectores.

Lucas 18:18-22: “Un hombre principal le preguntó (a Jesús), diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno?”

Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico.”

Los manipuladores, vendedores de religión y abusadores de autoridad espiritual, al igual que quienes les siguen o patrocinan, no predicarán jamás sobre estas palabras de nuestro bendito Señor y Salvador.

Espiritualizarán el texto de tal manera que mediante su arte maquillador lograrán que estas palabras de Jesús lleguen a decir todo lo contrario de lo que dicen. ¿Imaginamos una campaña de evangelización basada en este texto del Evangelio o la homilía dominical en una iglesia del Barrio de Salamanca o de cualquier urbanización del Norte de Madrid, lejos de las incineradoras? ¡Ya nos cuesta imaginarlo incluso en Vallecas!

Ahora veamos las enseñanzas apostólicas que nos han llegado:

2ª Corintios 6:10: “... como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.”

A diferencia del testimonio apostólico, los manipuladores y abusadores profesionales no sólo no enriquecen a nadie, sino que ellos son quienes se enriquecen a costa de los más vulnerables.

Santiago 2:5-7: “Hermanos míos, amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?”

Tampoco escucharemos jamás una predicación sobre este texto de parte de los abusadores, manipuladores y *predicadores-estrella* mediáticos que tanto pululan hoy por púlpitos, ciberespacio y demás conductos mediáticos de nuestros días.

No se puede recurrir a este texto y otros semejantes de la Palabra de Dios, mientras los actuales “*gurúes*” del pseudo-cristianismo evangélico de nuestros días viajan en “*Business*”, se alojan en hoteles de lujo, comen en restaurantes de cinco tenedores, conducen coches de alta gama, residen en zonas protegidas o en “*Bunkers*”, lucen relojes de oro y llevan en sus carteras muchas tarjetas doradas. Todo ello mediante las ofrendas de los fieles de sus macro-iglesias o a través del trabajo no remunerado de los pobres acogidos en los centros “*cristianos*”.

Santiago 5:1-6: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y vuestra plata están enmohecidos; y su mohor testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.”

Jamás escucharemos una predicación sobre este vívido pasaje del Nuevo Testamento, en algunos lugares por tratarse de iglesias auspiciadas por el estado secular, en otras

latitudes por no ofender a los patrocinadores del sistema o quienes viven de él, y en otros porque los más avisados podrían percatarse de que los obreros merecen jornal, con lo que la enseñanza de que la vida comunitaria piramidal es la única opción cristiana caería por su propio peso, y los “líderes” de los sistemas comunitarios jerarquizados de explotación y manipulación se desplomarían ruidosamente.

La Biblia de semejantes círculos ha sido mutilada de estos textos, entre otros, para tratar de justificar lo injustificable.

“El abuso de la autoridad espiritual y la manipulación de las conciencias en los círculos religiosos en general, y en los autodenominados “cristianos” en particular, no son sino signos evidentes de la incidencia de nuestra vieja naturaleza carnal, del hombre viejo y fuerte que hemos de conducir atado a los pies de Jesucristo.”

Joaquín Yebra

Conclusión:

Hemos banalizado lo auténticamente sagrado y no hemos hecho nada o muy poco para corregir tal deficiencia.

Muchos han tratado de encerrar a Jesucristo entre las cubiertas de un libro, para de ese modo intentar domesticarlo a base de sus propias interpretaciones manidas, y de paso venderlo para hacer beneficios.

Otros han creído que podían encerrar al Señor dentro de un sagrario de oro, o de un cónclave o una curia, o una convención, o una conferencia, o vaya usted a saber. Hay para todos los gustos.

Pero es imposible acometer semejante tropelía con éxito, por cuanto nuestro Señor es el Rey de reyes y Señor de señores, a quien el Padre ha placido dar toda potestad en la tierra y en los cielos. Sólo a Él.

Hemos desgastado más nuestras Biblias con el sudor de nuestras manos que con su lectura y estudio con intención de obedecer, por cuanto a la fe se le ha extraído la obediencia dejándola reducida a una adscripción religiosa y a la aceptación de un credo.

Hemos permitido que se empleara el Nombre de Dios y la Sagrada Escritura como si fueran monedas de curso legal, o como fichas válidas para cualquier finalidad e intercambio mercantil.

Cautivos y amarrados por el sutil espejismo de las ideologías y sistemas de pensamiento filosófico, bajo el disfraz de *“teología”*, en el que por cierto cabe casi todo, se ha producido un lento pero progresivo distanciamiento del mandato y voluntad de nuestro Señor Jesucristo, especialmente respecto a sus Mandamientos, olvidando que esa Ley y esos Profetas que Jesús dijo no haber venido a abrogar sino a cumplir, son el fundamento de la armonía universal.

Con el pretexto de no estar bajo la Ley, sino bajo la Gracia, ignorando sin duda voluntariamente que la *“ley”* de la que hemos sido liberados es la *“ley del pecado y de la muerte”*, no de la Santa Ley de Dios, que es perfecta y convierte el alma, ni de sus Mandamientos Divinos y por tanto eternos, lo que sería siempre una contradicción de términos y un vergonzoso despropósito, el resultado ha sido que la interpretación de esa Gracia Admirable de Dios nuestro Señor ha ido convirtiéndose en libertinaje para justificar los abusos de poder de unos sobre el gran contingente de creyentes sencillos e ignorantes.

Las enseñanzas de Jesús de Nazaret se han perdido en medio del oscurantismo teológico de las iglesias institucionales y demás círculos autodenominados *“cristianos”* y regidos

por “líderes” explotadores inmisericordes de los mental y físicamente más débiles, a quienes se les ha prometido la “*montaña de caña de azúcar*” de *Orwell*.

Las instituciones autodenominadas “*iglesias*” se han predicado y siguen predicándose a sí mismas, ocultando que Jesús de Nazaret tuvo por mensaje central la cercanía del Reino de Dios, y que su enseñanza fundamental fue la búsqueda de ese Reino y su justicia, no la promulgación de dogmas y constituciones redactadas por aquellos que siempre defendieron y defienden sus intereses personales, familiares o de casta.

Muchos de los autoproclamados “líderes”, con aspiraciones a ser “*representantes*” de Dios en la tierra, han utilizado el Nombre de nuestro Bendito Señor y Salvador a favor de sus intereses personales y mezquinos, y no hemos hecho nada más que resignarnos, mientras veíamos a nuestro alrededor a muchos inocentes escandalizados.

El Reino de Dios ha dejado de predicarse, siendo reemplazado y substituido por los dogmas y ritos de los poderes eclesiásticos, tanto de los más vetustos y estructurados con mucha pompa y boato, como los de aquellos de más reciente factura, de aspecto exterior menos ostentoso, más secularizados y de menor ámbito de influencia, al menos en nuestras latitudes.

La llamada a “*preparar camino a YHVH*” y a “*enderezar calzada en la soledad a nuestro Dios*”, como se nos dice en el libro de Isaías 40:3, y tal como predicó Juan el Bautista (Juan 1:23), no se escucha en los círculos dominados por los “líderes” abusadores espirituales y manipuladores de las conciencias de los hombres sus hermanos.

La predicación de sus propios “*reinos*” les impide proclamar la necesidad de buscar al verdadero.

Hemos entrado en flagrante contradicción con la naturaleza de nuestro llamamiento y de la fe que nos ha sido donada, dando “*culto*” a la criatura en lugar de al Creador, quien es bendito por los siglos de los siglos.

Pero en la indecible ternura y la inmensa bondad de Dios nuestro Señor, no pensemos que nos ha abandonado a nuestra suerte.

Dios ha venido hasta nosotros en la bendita persona de Jesús de Nazaret.

No lo ha hecho entre los poderosos de su nación, ni ha nacido como hombre del vientre de alguna mujer destacada de Israel, o de la esposa o hija de un sumo sacerdote, sino en el seno de la dulce doncellita María de Nazaret, nuestra hermana.

El Verbo, quien es Dios, se ha humanado en un vientre maternal y se ha hecho obrero en una carpintería.

Dios se ha dado a conocer en el Jesús que llora ante la tumba de su amigo Lázaro.

Dios ha aceptado a María de Betania, sentada a los pies de Jesucristo y hambrienta por aprender las Sagradas Escrituras, a lo que como mujer le estaba vedado por los religiosos varones de aquellos días.

Dios en Cristo Jesús ha permitido la caricia de la impura y la ha convertido en *apóstol*, enviándola a anunciar la Resurrección a sus hermanos.

Dios ha llorado en Jesucristo su Hijo por cuanto siente compasión de nosotros, los hombres, y ha multiplicado panes y peces porque es conoedor de nuestras hambres, pero no lo ha hecho para acumular sino para repartir.

Jesús limpia el atrio de los gentiles en el Templo de Jerusalem, desconsiderado como dependencia integrante de la Casa de Oración para todos los pueblos por parte de las autoridades nacionalistas del sistema religioso del momento, y por eso ocupado por los mercaderes de la religión organizada por ellos mismos.

Jesús no pide asignaciones al estado secular para realizar su ministerio, y cuando se refiere al rey de turno, lo llama “*zorra*”, animal sumamente astuto.

Con el paso de los siglos, reyes y obispos se otorgarán honores y pleitesías mutuas y recíprocas, por cuanto ambos vivirán y viven del mismo montaje vergonzoso hasta nuestros días.

Del mismo modo un día nuestro Señor echará de su presencia a todos los mercaderes que emplean el abuso de la autoridad espiritual para su propio beneficio, en detrimento de las almas más sencillas y maleables.

Dios en Cristo Jesús permite a los niños acercarse a Él para abrazarlos y bendecirlos, no para someterlos y explotarlos en el trabajo esclavista e incluso en el abuso sexual que ha tantos ha escandalizado en nuestros días al salir a la luz.

Es el Dios que ha venido hasta nosotros en carne cálida y mortal.

El mismo que intercede por nosotros hoy en el Santuario Celestial; el que no es hecho con manos humanas ni pertenece a esta creación nuestra; el que ministra a nuestro favor con mejores sacrificios que los realizados en la tierra, convertido en Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec.

Infortunadamente, el cristianismo de nuestros días no reclama seguidores para Jesús de Nazaret, discípulos de un solo Maestro, sino adeptos a una religión organizada que puede llamarse con los mil y un nombres del denominacionalismo moderno.

Es difícil hallar ambientes en donde se trabaje por abrir caminos para el advenio del Reino de Dios, latente entre nosotros, y anhelante por hacerse patente bajo la unción del Espíritu Santo, hasta el Gran Día de Dios en la Segunda Venida de nuestro Señor y Salvador.

Entre tanto, Él que está presente entre nosotros por la bendita Persona del Santo Consolador, nos invita hoy a darnos la vuelta y entregarle nuestros corazones.

Con increíble ternura nos llama, nos espera, nos acoge, nos perdona, nos limpia para que enderecemos el camino de nuestra conducta bajo la luz con que el Espíritu del Padre y del Hijo alumbra nuestro vivir.

No hay atisbo alguno de abuso espiritual entre los brazos amorosos de Jesús de Nazaret, templo de Dios en carne.

No hay reproche en Él...

Sólo amor, mucho amor...

Porque ese es su valor supremo.

Y está dentro de la potestad concedida por Dios al hombre volver a empezar el mundo de nuevo.

¡Gloria sea su Nombre!